

Carlos Seura Salvo

Tipos chilenos en la novela y en el cuento nacional

EXPLICACION PREVIA

El presente trabajo es un ensayo de psicología racial. Estudia el alma de la raza chilena encarnada, con sus cualidades y defectos, en los diversos tipos criollos que analizamos.

El desarrollo lógico del tema exigió distribuirlo en tres partes integrales: histórica, psicológica y literaria. La parte histórica abarca la formación de la raza y la determinación de los elementos que la componen; la parte psicológica caracteriza a estos elementos y al pueblo chileno nacido de la mezcla de las razas hispana e india; y la parte literaria esboza los diferentes tipos criollos y cómo éstos están analizados en la novela y en el cuento nacional.

Estimamos que tanto la parte histórica como la psicológica están estudiadas a base de una documentación la más sólida y completa que hemos podido encontrar.

BARROS ARANA, LATCHAM, GUEVARA, THAYER OJEDA, Luis y Tomás, y GALDAMES, han sido los mentores del estudio histórico.

WUNDT, FOUILLÉE, MADARIAGA, GANIVET y UNAMUNO en la parte psicológica. El tema en su aspecto literario sólo hubiera podido quedar agotado consultando toda la literatura chilena. Concretado a la novela y al cuento fué estudiado en las obras que indica la bibliografía.

En la caracterización de los tipos chilenos figuran: el roto,

el inquilino, el huaso y el minero; el tipo aristócrata y el de clase media están refundidos en los párrafos que se titulan: tipos de la clase alta y tipos de la clase media.

En este trabajo hay una labor de investigación y otra de criterio propio, de apreciación personal. Para juzgar de esta última indicamos como referencias, entre otros puntos: Sentido étnico del pueblo; Una verdad dolorosa, al tratar del inquilino y tipos de la clase alta.

CAPITULO PRELIMINAR

FORMACION DE LA RAZA

Las naciones, dice CABERO, son mezclas de diferentes razas cuyos individuos poseen en común cierto tipo hereditario y un conjunto de ideas y sentimientos que constituyen el alma nacional.

En este concepto, el pueblo chileno nació de la mezcla *hispano-india*, predominando en esta fusión la mentalidad y civilización españolas.

La raza paterna fué la conquistadora, producto de diez razas, por lo menos: celtas, fenicios, cartagineses, romanos, judíos, visigodos, vándalos, alanos, suevos y árabes.

Los 150 compañeros de Valdivia constituyeron la célula étnica española, cifra aunque escasa de trascendental importancia, por cuanto significa el fundamento de la sociabilidad chilena y dió principio a la modificación de la raza aborígen.

Respecto al grupo de los compañeros de Valdivia, se ha llegado a la conclusión, en los estudios etnológicos hechos, de que eran andaluces los más numerosos, siguiendo después los extremeños, castellanos y leoneses. En general, los primeros españoles que vinieron a la América durante la Conquista fueron, en su mayoría, andaluces o extremeños; por eso los americanos parecen andaluces por el habla y expresiones. Esto justifica el dicho español: *andaluces y americanos, primos hermanos*.

Desde la Conquista hasta 1810 cabe observar dos períodos perfectamente definidos en cuanto a relación y proporción de los españoles que se establecieron en Chile. En el primer período que llega hasta 1600, la relación en que se

hallan los conquistadores provenientes de Andalucía, Castilla la Nueva, Extremadura, León, Castilla la Vieja y las Provincias Vascongadas, es siempre la misma con respecto a las demás regiones de España como Galicia, Valencia, Cataluña, Navarra, Aragón y Asturias. Los grupos tienen la característica de estar constituidos por el 80% de las regiones de que eran oriundos los compañeros de Valdivia.

A partir de fines de 1601 hasta 1810 se altera no sólo la relación sino también la proporción de los diferentes elementos que contribuyeron a la formación de la raza chilena. Los leoneses superan a los extremeños; los castellanos viejos prevalecen sobre los vascos y los andaluces que durante ciento ochenta años fueron el elemento dominante de todos los refuerzos de tropas, descienden hasta ocupar el tercer término en la proporción general.

El siguiente cuadro indica la proporción en que se encontraban los diferentes elementos étnicos en el período comprendido entre 1630 y 1810 a base de 1057 individuos.

Provincias vascongadas	18,1%
Castilla La Vieja.....	16,8%
Andalucía	14,9%
Castilla La Nueva	7,7%
Galicia	4,1%
León	3,7%
Asturias	3,2%
Cataluña	2,8%
Valencia	2,3%
Extremadura	2,4%

En una cuestión de índole racial como el presente capítulo, importa sobremanera conocer la procedencia de los elementos guerreros que llevaron a cabo la conquista y la de los colonos o no guerreros que con otros propósitos se radicaron en el país conquistado para derivar de ese conocimiento de origen el acervo psicológico de la nueva raza.

La parte más considerable de los conquistadores procedían del centro y sur de España, mientras que los colonos eran ordinariamente oriundos de las regiones del Norte y del centro nor-oriental.

Puede establecerse como un principio que hay tanto mayor proporción de sangre morisca en la raza española cuanto más

próxima a Granada se encuentra una región. Son las provincias de Andalucía, la sangre del Sur de España o mediterráneo como la llama ORTEGA y GASSET, las que según el principio anteriormente establecido, mantienen la más alta proporción de la mezcla. No basta para explicar el número crecido de andaluces, extremeños y castellanos viejos que figuran en las expediciones del siglo XVI la circunstancia de residir en las comarcas más próximas a los puertos de embarque o de fácil acceso a los medios de transporte. Hay otras razones que guardan estrecha relación con la modalidad de la raza. Andaluces y extremeños son por naturaleza, valientes, audaces y aventureros. Fueron ellos los que en América llevaron a cabo las más atrevidas empresas con absoluto desinterés por la vida. Fueron ellos los más resignados en los desastres y los más inquietos durante los períodos de la expectación o de reposo. Fueron el alma de todas las rebeliones y mantuvieron dondequiera que se hallaban una permanente discordia. Este carácter insubordinado y pendenciero especialmente de los andaluces y extremeños, dió origen a repetidas quejas que las autoridades de América llevaron al rey.

Castellanos y leoneses participaban, en cambio, de poco grado estas características y por lo tanto son atributos de la proporción de sangre morisca.

De esta sangre están exentos los castellanos viejos, vascos, navarros, gallegos y asturianos, o sea, los elementos no guerreros de la población española en Chile.

La maternidad de la raza chilena corresponde a la raza Mapuche. Con esta afirmación y la de que ha sido el elemento español la raza paterna se rechaza lo que sostiene PALACIOS en *Raza Chilena* que el núcleo de nuestra población es *arauco-gótico*, afirmación absurda calificada por un crítico extranjero de «tesis chistosa a lo MARK TWAIN».

De estas dos razas determinantes: española e indígena se formó la raza mestiza que más propiamente se designa con el nombre de raza chilena; demorando tres siglos en constituirse.

DETERMINACION Y CARACTERIZACION DE LOS ELEMENTOS QUE COMPONEN LA RAZA

DETERMINACIÓN

A. *Baza blanca*: Andaluces, Castellanos viejos, Castellanos nuevos, Vascos, Extremeños, Leoneses, Navarros, Gallegos, Catalanes, Asturianos, Valencianos, Aragoneses, Canarienses, Baleares y extranjeros.

Para apreciar la importancia étnica de los elementos peninsulares es conveniente considerar separadamente cada una de las razas que han influido en la constitución de la nacionalidad chilena. Estos elementos étnicos están consultados desde 1541 hasta 1810.

ANDALUCES

Composición étnica: fenicio - árabe - cartaginés - ibero - latino - goda - celta - hebreo - bizantino - vándalo - alano - franco - italiano. (1)

Corresponde a los andaluces el primer lugar como elemento influyente en la población de Chile y el 20,5% de la masa total incorporada al país, excluyendo solamente los negros esclavos y los indios peruanos. Los andaluces con ser tan numerosos en los siglos XVI y XVII, no mantuvieron por largos años su situación predominante. Lentamente desaparecen de la escena social y ceden su puesto a otras regiones. Y sus familias descienden a niveles sociales inferiores hasta perderse en la masa anónima del pueblo. Este hecho de la sustitución paulatina de familias es un fenómeno observado en todas las sociedades del mundo.

Si se examinan los descendientes de los primeros conquistadores y se sigue su proceso a través de tres siglos, se observa, salvo las excepciones de toda regla, que más del 60% desaparece como elemento social antes de cien años; un 30% se mantiene hasta cien años y sólo un 10% conserva su situación espectable. Familias nuevas, enriquecidas o inmigradas ingresan a la aristocracia y desalojan a otras que por causas múltiples declinan en rango. Tal ha sido la historia absolutamente

(1) Elementos étnicos que componían la población de cada región de España, a fines del siglo XV.

real de cada una de las orgullosas familias coloniales cuyos abuelos eran a veces de la más alta nobleza española.

Estas observaciones que se relacionan directamente con la clase alta y que pudieran estimarse como digresiones superfluas tienen sin embargo, trascendental importancia étnica porque las familias reproducen en conjunto los elementos de sus parientes.

Igual fenómeno se observa en los pobladores de esta raza.

El elemento andaluz al incorporarse a nuestra nacionalidad, contribuyendo a formar la masa popular, le transmitió con la sangre sus cualidades psíquicas. Es por esto que las virtudes y defectos de nuestro pueblo tienen las características andaluzas, sumadas unas, disminuidas otras con la mezcla de la raza indígena, pero que en conjunto resulta una idiosincrasia semejante.

El estudio psicológico comparado de ambas razas, encontraría la causa del temperamento dominante del roto chileno.

CASTELLANOS VIEJOS

Composición étnica: ibero - celta - godo - hebreo - latino-árabe.

Constituyen el 15.5% del conjunto étnico de raza blanca establecida en el país.

La descendencia de los conquistadores castellanos viejos ocupa, en general, una situación media. Extendida por toda la República constituye la mayoría de la gente acomodada de las provincias agrícolas. Proceden de conquistadores de Castilla la Vieja apellidos como: Alvarado, Ahumada, Acuña, Barahona, Castro, Espinoza, Leiva, Moreno, Segovia, Serrano y Salamanca.

En los elementos llegados desde fines del siglo XVII domina un espíritu mercantil. Inteligentes, activos, emprendedores y tenaces llegaron a constituir importantes fortunas que su descendencia ha mantenido con el impulso inicial de los fundadores.

CASTELLANOS NUEVOS

Composición étnica: celta - ibero - godo - hebreo - latino-árabe.

Constituyen el 13,6% de la raza blanca radicada en el país hasta 1810. Su influencia fué decreciente a contar desde los comienzos del siglo XVII. Le corresponde el tercer lugar en importancia numérica. Como los andaluces se funden con la masa del pueblo, pero mantienen sus descendientes diseminados por todas las regiones de la República el espíritu de la raza. Radicados en pueblos que fueron asientos de indígenas han vivido sin mezclar su sangre con la de éstos ni aun con la de los mestizos y sus descendientes. Se sienten, sin otra razón que la del propio orgullo, superiores en sangre a los demás y aun llegan a creerse de más antigua y distinguida ascendencia que muchas de las familias antiguas de Santiago. Sin embargo, de ordinario apenas conocen el nombre de sus abuelos y por analogía atribuyen su procedencia a los personajes históricos del mismo apellido.

VASCOS

Composición étnica: ibero - goda - hebreo - latino.

El 4.º lugar corresponde a los vascos con el 11,6% del total de elementos de raza blanca.

La influencia vasca, a partir de la Conquista, en que figuran los primeros individuos de esta raza, es interesante porque con escasas excepciones dejaron numerosa prole, que por diversas líneas legítimas perduran todavía en las esferas superiores de la sociedad. En el curso del siglo XVII aparecen los progenitores de un número considerable de familias, cuyo prestigio social no sólo se mantiene sino que interviene eficientemente en la constitución de la alta sociedad de Santiago y Concepción. Entre muchos, como ejemplo de apellidos eusquéricos anotamos los siguientes: Vial, Eyzaguirre, Eguiguren, Undurraga, Amunátegui, Echazarreta, Goycolea, etc. El elemento vascongado que se radicó en Chile era homogéneo en su fisonomía y estaba constituido casi en su totalidad por comerciantes que se formaban de ordinario al lado de otros parientes enriquecidos en la misma profesión. Este elemento constituido por individuos sobrios, inteligentes y activos para los negocios, como los navarros, lograron fomar apreciables fortunas. Contrajeron matrimonio casi siempre con criollas hijas de los más opulentos personajes de la época y

de este modo fueron lentamente cambiando la fisonomía de la aristocracia chilena.

EXTREMEÑOS

Composición étnica: celta - godo - árabe - ibero - hebreo - latino - alano - vándalo - fenicio - cartaginés.

Es un error creer que el elemento extremeño tuvo el papel predominante en la Conquista de Chile. Sin duda que fué numeroso y aun pudo haber ocupado el segundo lugar en cuanto a importancia entre los primeros compañeros de Valdivia, pero nunca, dice Thayer Ojeda, llegar a superar a los andaluces. Los extremeños, hasta 1601, ocupan el tercer lugar, del cual descienden hasta no tener influencia apreciable en el siglo diecisiete.

Tienen grandes afinidades con los andaluces; especialmente los oriundos de la provincia de Badajoz, circunstancia que advierte antecedentes étnicos semejantes. En otro aspecto presentan rasgos parecidos a los portugueses y otros de característica castellana. Como los andaluces, pierden su importancia social en tiempo de paz, y sus descendientes desaparecen casi completamente en el pueblo de la Colonia; como los castellanos nuevos, mantienen ordinariamente en la forma adversa el orgullo de la raza y no se mezclan con los mestizos; finalmente, como los portugueses, se dedican a negocios pasivos en los que el trabajo no les quita su libertad individual.

Como elemento eficiente en la población del país los extremeños proporcionaron un contingente considerable.

LEONESES

Composición étnica: celta - ibero - suevo - godo - latino - hebreo - árabe.

Proporcionan el 8.2% de los elementos incorporados hasta 1810. En importancia les corresponde el sexto lugar. Los leoneses, como los castellanos viejos, se distinguen por sus condiciones militares. Por líneas masculinas la mayoría de las familias de los conquistadores leoneses se encuentran extinguidas o por extinguirse y las que subsisten no ocupan la situación espectral de antes, aunque su descendencia no ha llega-

do a mezclarse con el pueblo. Entre los pobladores hubo varios que influyeron considerablemente en la constitución de la aristocracia colonial, como la familia Rodríguez del Manzano y Ovalle, tronco de la mayoría de las familias de Santiago.

NAVARROS

Composición étnica: godo - celta - latino - hebreo.

Aunque representan el 4,6% en la proporción general y ocupan el séptimo lugar por su importancia numérica, constituyen el elemento de mayor influencia en la sociedad de Santiago. Los navarros fueron fundadores de las familias de mayor actuación social y política que ha habido en Chile. Característica única entre los elementos peninsulares, tienen los navarros la particularidad de haberse radicado en Santiago casi en su totalidad y de descendencia tan numerosa no superada por ninguno de los otros. Débese a los navarros la constitución de las familias que actuaron en forma eficiente durante la independencia de la República.

Tienen espíritu de solidaridad, el que se manifiesta en las actitudes de vivir agrupados en varias familias consanguíneas y asociadas en negocios comerciales.

GALLEGOS

Composición étnica: celta - suevo - ibero - godo - latino - hebreo - alano - árabe.

Ocupan el octavo lugar como elemento étnico peninsular durante la colonia, y su proporción es de 2,9% sobre el total de raza blanca. Caracteriza a este elemento la actuación discreta en sus actividades. Sostienen su posición y han contribuído eficazmente al progreso del país.

CATALANES

Composición étnica: ibero - griego - latino - godo - hebreo - árabe - franco - celta - cartaginés - fenicio - italiano.

Noveno lugar con el 1,8% del total. La contribución étnica de los catalanes durante la Colonia es bastante reducida y aún lo es más en la época de la Conquista.

Parece que los catalanes dedicados al comercio del Mediterráneo no se interesaron por traer sus iniciativas a la América, sino siglos más tarde. Influyen en las clases elevadas de la sociedad.

ASTURIANOS

Composición étnica: celta - ibero - suevo - goda - latino-hebreo.

Representa el 1,7% de la proporción total. Los descendientes de los fundadores se encuentran casi todos en las clases superiores de la sociedad; Pérez Valdés, Cienfuegos, Cifuentes, Prieto, Pérez Cotapos, son familias de origen asturiano.

VALENCIANOS

Composición étnica: ibero - griego - árabe - cartaginés - latino - goda - hebreo - celta - fenicio - bizantino - franco - italiano.

Les corresponde la proporción de 1,3%. Subsiste descendencia masculina de los conquistadores en familias de las provincias de Coquimbo y Santiago.

ARAGONESES

Composición étnica: ibero - goda - celta - latino - hebreo - árabe - griego - franco - italiano - cartaginés.

El 1,1%. Su influencia étnica es pequeña.

CANARIENSES

Composición étnica: berebere - andaluza.

Proporción 0,6%. Es interesante este elemento por figurar en él personas que fueron cabeza de familias de importancia social, como Jaraquemada.

• BALEARES

Composición étnica: ibero - griego - latino - godo - árabe - hebreo - celta - franco - cartaginés - fenicio - italiano.

El elemento balear ocupó el último lugar con el 0,4%.

El apellido Barceló en las familias chilenas tiene procedencia de la isla de Mallorca.

EXTRANJEROS

Con este nombre se designa el elemento de raza blanca que no es español y que desde los primeros días de la Conquista contribuyó a la formación de la nueva raza.

Fuenzalida Grandón en *La Evolución Social de Chile* dice: «Es un hecho notoriamente conocido que en los primeros tiempos de la Conquista no hubo selección de raza española; vinieron a América todos los que tenían temple belicoso y aventurero sin distinción. Se enrolaron en las filas los buscadores de oro y los buscadores de gloria de los cuatro puntos de la brújula, pero en especial los que por afinidad de gustos y de vida procedieron de la hoya del Mediterráneo. Por eso vinieron juntamente con españoles y flamencos, así peninsulares de las repúblicas italianas como habitantes del archipiélago del Egeo, así portugueses como judíos expulsados de la península ibérica por real cédula de 1492.»

GRIEGOS E ITALIANOS

En el número de extranjeros que fueron al Perú y de ahí vinieron a Chile y que constantemente hicieron en los siglos XVI y XVII el comercio y la navegación de la costa del Pacífico se halla un número considerable de griegos e italianos.

Génova y Venecia, Nápoles y Pisa eran en esa época las ciudades de más tráfico comercial. En su carrera de conquista habían logrado establecerse en el Archipiélago de Egeo y en las costas griegas. La isla de Candia estaba sometida a los venecianos. La de Scío a los genoveses. Y así como Chipre, Corfú, Cefalonia, etc., estaban bajo el dominio de Italia hasta mediados del siglo XVI, pronto se vió que el poder expansivo de los otomanos se hizo sentir por todo el archipiélago; entonces se produjo una dispersión de griegos que hufan

de la tiranía y de italianos y que se lanzaban en negocios por otros mares más hospitalarios. No otra explicación tienen las procedencias greco italianas durante la Reconquista.

LOS PORTUGUESES

En los primeros cuarenta años del siglo XVII hubo una gran afluencia de portugueses o lusitanos.

En el ejército fué conocida la abundancia de este elemento hasta formar compañías de caballería como la que trajo a Chile en 1600 el capitán Rodríguez del Manzano.

De igual procedencia, refiere Barros Arana, (*Historia de Chile*, tomo V), fueron los 1000 soldados que de Lisboa trajo a Chile por 1605 el capitán Antonio de Mosquera, toda ella gente moza, pero tan pobre, al decir de su conductor, que «llegó en cueros vivos». La mayor parte de esta gente se mezcló al elemento popular de nuestra población y quedó allí anónimo, pobrísimo, pero contribuyendo ciertamente a la natalidad del país. Todos los cronistas e historiadores, dice Fuenzalida Grandón, están contestes en afirmar que, aunque en pésimas condiciones monetarias, a esos soldados mal vestidos, medio hambrientos, no les faltaban mujeres que los seguían en la vida de cuartel y de campaña.

Se comprende la inoculación de sangre lusitana que debió seguir a estas relaciones que aquella gente moza hubo de entablar en Chile.

De la docena de tiendas de mercaderes de que habla el padre Ovalle abiertas en la capital, en 1641, la mayor parte pertenecía a los portugueses que absorbieron el ramo de pulperías.

FRANCESES

Sin duda, fueron pocos. Enredados en guerra contra Carlos V y en guerras religiosas después, no pudieron domiciliarse en América como hubieran querido, pero se asociaron a las empresas corsarias que los ingleses emprendieron en la segunda mitad del siglo XVI. Estas circunstancias explican la escasez de franceses en la América española.

Muchos de los franceses en el Chile del siglo XVI pasaron a ser catalanes.

INGLESES

Los ingleses vinieron en son de guerra. La lucha religiosa del siglo XVI entre España e Inglaterra trajo a nuestras costas las expediciones corsarias. Los navegantes británicos en el siglo XVII, continúan realizando empresas piráticas pero también otras de carácter comercial. En 1719, año en que reaparecieron los corsarios ingleses en las costas de Chile, George Shelvocke dejó once ingleses en Juan Fernández quienes se quedaron por su propia voluntad. (Barros Arana, *Historia de Chile*, tomo VI.)

FLAMENCOS Y ALEMANES

El autor de *La Evolución social de Chile* dice que la inmigración de elementos demográficos extraños aunque, en general, fué escasa por las dificultades que ponía España, sin embargo hubo una excepción para los flamencos y alemanes por tener Carlos V vinculaciones de sangre con esos dos países. El patriarca de los alemanes en Chile fué Bartolomé Blumen, cuyo apellido traducido es Flores, quedó así en su larga descendencia.

EXTRANJEROS

Hay razas europeas que han influido en ínfima escala en nuestra población.

Naturalmente son aquellos pueblos que o por la distancia, o por no haber estado ligados a España no tuvieron mucha oportunidad de mandar gente a las colonias de América. En ese número figuran el elemento eslavo y el sueco. Thayer Ojeda estima que el elemento extranjero como base étnica durante la dominación española no fué considerable. Apenas contribuyó con 1,1% a la masa de raza blanca incorporada al país. En los primeros años de la Conquista sobrepasó del 5% pero esta cifra fué declinando hasta llegar a individualizar a los extranjeros los censos de los años 1720, 1761 y 1808.

Aparte de los individuos de las naciones nombradas, aparecen después: dálmatas, norteamericanos, suizos, holandeses, austriacos, suecos y polacos, en su mayor parte desertores de las naves que llegaban al país.

Cualquiera que haya sido la proporción de extranjeros porque algunos escritores la suben no bastó para modificar en forma apreciable la raza chilena.

RAZA INDIGENA

B. Cuando llegaron los españoles en 1540 hallaron el país habitado por diferentes tribus indígenas tanto más numerosas cuanto más se acercaban a la región ocupada por los araucanos.

Los indígenas de Chile pertenecían a razas diversas por más que entre sí se encontraban algunas características comunes. Las razas más importantes eran:

LOS CHANGOS, pescadores que habitaban la costa en la región Norte y Central del país y que han sido considerados como restos de una raza muy antigua, desaparecida ya en otras partes de Sud América.

LOS MAPUCHES, dedicados a la caza y a la agricultura en toda la extensión comprendida entre el río Huasco y la península de Taitao. Procedían, dice Barros Arana, según todas las probabilidades, de las pampas ultra - cordillera y formaban una población que vivía en los valles centrales, en las inmediaciones de los ríos.

LOS ARAUCANOS, cazadores y agricultores como los Mapuches, procedían también de las pampas argentinas y quizás de las regiones del Chaco. Atravesaron la cordillera seguramente en distintos grupos y se establecieron en los valles altos situados desde el río Maule hasta el Toltén. Desalojaron tal vez a los mapuches que se replegaron al norte y avanzaron hacia el Sur poblando entonces la isla de Chiloé. No es inverosímil que en parte se fusionaran araucanos y mapuches, predominando la lengua de estos últimos.

LOS DIAGUITAS, son de igual procedencia que los indios de las provincias de San Juan y Salta. Se establecieron al Norte del río Choapa y preferentemente en los valles de los ríos Tránsito y Carmen, afluentes del Huasco.

LOS ATACAMEÑOS, de filiación peruana. Se encontraban en los valles fértiles de las actuales provincias de Antofagasta y Atacama.

LOS PERUANOS, que conquistaron el país hasta el río Maule. Poco numerosos, residían en calidad de guarniciones incas en diversos lugares del territorio y pueden determinar-

se por el aspecto quichua de sus nombres como Apoquindo, Talagante, Lampa.

LOS PATAGONES. En escaso número habitaban el continente, en los valles comprendidos desde el río Palena al estrecho de Magallanes.

LOS ONAS, vivían en la Tierra del Fuego; de características parecidas a los patagones.

LOS YAGANES, que habitaban las costas de las islas meridionales de la Tierra del Fuego, eran pescadores nómades, circunstancia que hace creer en un parentesco étnico con los changos del Norte.

LOS ALACALUFES, pescadores como los yaganes. Llevaban vida errante en la parte insular de la Patagonia Occidental.

De todas estas tribus las más importantes fueron los mapuches y araucanos. Los primeros, tal vez los más numerosos y más antiguos que los araucanos en el país, fueron desalojados por éstos de la región entre el Bío Bío y el Toltén.

Los araucanos, inmigrados de las pampas argentinas y acaso provenientes de algunas de las razas que poblaron las regiones del Sur del Brasil, no fueron numerosos en sus comienzos, y seguramente habitaron en las regiones del Neuquén algunos años antes de que en grupos aislados se estalecieran en Chile. Los araucanos se fusionaron con los mapuches muchos años antes de que los Incas conquistaran el país hasta el Maule. La adopción de la lengua mapuche por los araucanos, prueba que llegaron en corto número, sin ánimo de verdadera conquista.

En cuanto a los atacameños influyen en proporción reducida lo mismo que los diaguitas. Menor aún es la influencia de otras razas como la de los Changos y nula la de los escasos patagones y de las tribus fueguinas. Tal vez pudiera atribuirse alguna corta intervención a los indios peruanos que vivían en el país o llegaron con los primeros conquistadores.

Con estas someras noticias hay base para prescindir de las variedades de razas y adoptar la designación genérica de indígenas o indios como la entidad que da lugar a la formación de la raza chilena.

La población indígena de 500.000 almas como mínimo en la época de la Conquista, declinó a 100.000 en 1700.

En algunas regiones centrales se redujo a menos de la décima parte. Santiago a fines del siglo XVI contaba con

4.000 indios naturales, siendo que en la época de su fundación tuvo más de 60.000. A fines del siglo XVII la disminución de los indios llegó hasta haber encomiendas que sólo eran nominales y otras reducidas a un escaso número de individuos. Todo hace suponer que los indios más o menos puros no podían exceder de 50.000 en la región central hacia 1700, y que reducidos en pueblos como los de Tiltil, Chiñigüe y Talagante, concluyeron por desaparecer absorbidos por elementos mestizos que se avecindaron en sus tierras. Con dificultad podría encontrarse ahora algún indígena exento de cierta porción de sangre española, pues aún en las apartadas regiones de los ríos Tránsito y Carmen, afluentes del Huasco, se observa en los naturales las evidentes muestras de la raza blanca.

Las jornadas que, como sacerdote, he debido hacer por regiones apartadas de las provincias del Norte, me han dado la oportunidad de evidenciar las manifestaciones de la raza blanca en los naturales del Tránsito y del Carmen. Es un hecho indiscutible que la raza indígena proporcionó el elemento femenino para la constitución de la raza mestiza que más propiamente se designa con el nombre de raza chilena.

Este elemento femenino que constituye el verdadero fundamento étnico del país, fué uniéndose a la raza española en el transcurso de tres siglos hasta desaparecer en forma completa, con la sola excepción de los araucanos y de las tribus que habitan en las islas del territorio de Magallanes. En los primeros años de la Conquista se esperaba la mezcla de ambas razas directamente; pero más tarde la mujer mestiza presentaba sobre la indígena condiciones físicas y aun morales que la colocaban sobre un nivel social superior. Es evidente que en aquellos tiempos la importancia de la mujer se calificaría por la mayor o menor proporción de sangre española. Desde el punto de vista etnológico la fusión de los dos elementos llegó a ser completa en los primeros años de la República. La sangre indígena en la población del país fué desapareciendo por grados hasta quedar únicamente exentos de mezcla los que habitan las regiones araucanas.

Godos y araucanos no pueden considerarse como los genearcas de la raza, esto es, como fundadores de la nacionalidad chilena. No se ve cómo puede alcanzarse el concepto de godos atribuidos a los elementos españoles que conquistaron y poblaron la tierra chilena, cuando toda filiación de raza había desaparecido en España durante el transcurso de once

siglos mediados entre su aparición en la Península y la Conquista de Chile. Es inaceptable suponer a los godos como únicos pobladores de España o por lo menos de las regiones que contribuyeron en forma especial a la Conquista de la América.

Fueron españoles en el sentido estricto de la palabra, fueron los descendientes de las razas pobladoras de la Península, fué el producto étnico de una docena de razas que habían perdido nacionalidad, lengua, costumbres, religión y cuanto en cada uno de ellos fué primitivamente característico para constituir otra modalidad común, los que llevaron a cabo la Conquista de América.

En cuanto a la ascendencia indígena de la raza chilena hay que atenuar la exagerada importancia que se atribuye a los araucanos como elemento generador, pues los aborígenes de Chile pertenecían a una raza diferente difundida desde el río Choapa hasta las islas de Chiloé. Los araucanos habitaron la parte del territorio chileno que nunca pudo ser sometida a la dominación española. No es pues posible que el elemento genuinamente araucano se mezclara sino excepcionalmente con el español. *A la raza mapuche corresponde, como se dijo antes, la maternidad de la raza chilena.* Es por su importancia numérica el elemento étnico más considerable que ha entrado en su formación. Sana y vigorosa como la araucana y de mentalidad igual o superior a aquella.

Según los cálculos hechos por el etnólogo don Tomás Thayer Ojeda, la raza chilena está formada con la proporción de un 64,59% de españoles y con el 35,41% de indígenas.

El elemento español en la cifra anotada tiene adicionada la parte que corresponde a los europeos no españoles, esto es, un poco más de un 4%, que es la proporción de la sangre portuguesa, italiana, francesa, griega y otras que corren por las venas de nuestro pueblo.

El elemento indígena está aumentado en dos entidades, aunque insignificantes: la raza negra africana, proveniente de los esclavos emancipados y la raza amarilla que aparece desde mediados del siglo XIX con algunos súbditos del Celeste Imperio, radicados en Valparaíso.

CARACTERIZACION DE LOS ELEMENTOS DETERMINANTES DE LA RAZA

ESPAÑA Y SUS REGIONES

Aunque cada provincia tenga su idiosincrasia, hay en todas las regiones de la península rasgos generales comunes a todas ellas que permiten formar el tipo colectivo, ideal, del pueblo español.

De las características de esa raza entresacaremos algunas, sobre todo las más pertinentes al objeto de este trabajo.

El español, dice Réclus, es infatigable en la marcha, duro para todas las privaciones. Apenas se comprende cómo los valerosos conquistadores pudieron resistir fatigas tan sobre-humanas en el terrible clima y las pavorosas soledades del nuevo mundo. Posee la acometividad del hombre del Mediodía y la fuerza del hombre del Norte. El español, por lo general, aunque indolente y descuidado en su vida cotidiana, se distingue de los demás pueblos por una resolución tranquila, un coraje persistente e infatigable tenacidad. Cuando el español del pueblo abraza una causa es hasta la muerte. Mientras le quede un soplo de vida no se confesará vencido; y si muere, detrás de él vendrán los hijos para luchar con el mismo denuedo que el padre. De aquí la larga duración y las heroicas resistencias de sus guerras nacionales y civiles. La reconquista de España contra los moros invasores duró siete siglos; la toma de posesión de México, del Perú, de la América Andina fué un combate secular. La guerra de Independencia contra Napoleón ofreció un ejemplo de sacrificio y patriotismo colectivos. Dignos hijos de la Madre Patria, los criollos de la América Continental, sostuvieron contra los españoles la guerra de emancipación política.

La ventaja inmensa, inapreciable, que tiene el español sobre otros pueblos, con excepción del castellano viejo, es la de considerarse feliz con poca cosa. Nada le inquieta; se acostumbra a todo; acepta filosóficamente la vida tal como se presenta; la miseria no lo espanta y sabe con ingeniosidad asombrosa sacar alegrías de la situación más difícil y triste. En Gil Blas pueden reconocerse muchos españoles. En esta cualidad está explicado el por qué de la novela picaresca, producto genuino y característico del alma española. El espíritu

español es un espíritu de constantes contrastes que desconciertan al extranjero y que el español cree decirlo todo en la frase. ¡Cosas de España! Realmente es difícil explicar tanta ferocidad en ciertas empresas poseyendo un natural magnánimo. Apesar del apasionamiento y el fanatismo que ponen en sus actos, aceptan resignados todo aquello que no pueden impedir. En esto son iguales a los musulmanes. No repiten, es cierto, como el árabe: «estaba escrito», pero dicen no menos filosóficamente su antiguo refrán «lo que ha de ser, no puede faltar».

Por influencia de la raza semítica, el español, dice Paul Barth, lleva toda concepción hasta el extremo, hasta el grado donde ella pierde todo sentido razonable: la política hasta la molesta etiqueta ceremoniosa, el honor hasta la más extravagante susceptibilidad, el orgullo hasta la grandeza ridícula. El español, dice Madariaga en su obra de carácter psicológico, *Ingleses, franceses y españoles*, es ante todo, un pasional, un impulsivo en quien predomina el sentir sobre el pensar, el afecto sobre la idea, la intuición sobre la reflexión. Tiene un fondo de buen humor; pasiones violentas, concentradas, no expansivas. Bucke escribe: «los españoles son nobles, generosos, francos, íntegros, probos, amigos sinceros y leales, afectuosos en todas las relaciones de la vida privada, caritativos y humanos.» Cabero enumera como rasgos característicos del alma española, el individualismo, la arrogancia y la virilidad. El individualismo produce la confianza propia, sirve para desenvolver la energía individual y mantener la independencia nacional, pero estorba la solidaridad necesaria para llevar a cabo grandes empresas. Por esta cualidad racial se explica la falta de cooperación en las empresas industriales que requerirían capitales crecidos, la anarquía política y la rebeldía que obedece sólo a regañadientes al policía en la calle, al mayordomo en la faena, al juez en el tribunal y al presidente en las asambleas deliberativas. El individualismo, es, por fin, lo que hace conservar hasta ahora en las provincias particularidades y aspiraciones diversas que toman a veces el aspecto de rebeldías regionales. Su carácter enérgico, su espíritu combativo hacen al español orgulloso y no con orgullo interno, reconcentrado, sino expresivo y visual que se manifiesta en actos. Este orgullo es la arrogancia española, cuyo dinamismo trocó el amor en adoración, la aventura en hazaña y la historia en epopeya. Esta arrogancia tuvo su forma clásica en el estoicismo;

su expresión literaria en los libros de caballería; su sello, en el gesto altivo, el mirar desdeñoso, el andar acompasado y solemne del viejo hidalgo que envolvía a veces sus harapos en capas de amplios pliegues. Tuvo su culminación en el siglo dieciséis.

El individualismo y la arrogancia española tuvieron su gráfica expresión en lo que los nobles aragoneses decían al monarca al prestar el juramento de fidelidad: «Cada uno de nosotros vale tanto como vos y juntos valemos más que vos.» Y en lo que a su vez decían los grandes castellanos: «Somos iguales al rey, dineros menos.»

La virilidad de que tantas muestras ha exhibido la historia de España, ha hecho al español de una pieza, incapaz de ductibilidad, de adaptaciones, de renunciamentos, y le ha dado su espíritu de acometida, su sequedad y dureza exteriores, lo altivo de su carácter, el concepto del honor, la rebeldía individualista y el heroísmo. Se ha puesto en relieve en sus luchas heroicas; con la fiera de las mujeres cántabras que mataban sus hijos para que no fueran esclavos de los conquistadores; con la toma de Numancia en que entregaron a los romanos, como todo botín, las cenizas de la inmensa hoguera que había consumido a la ciudad; con Guzmán el Bueno que arroja el cuchillo para que maten a su hijo prisionero, antes de rendir la plaza; con Hernán Cortes, al quemar las naves; con la defensa desesperada de Zaragoza en las guerras napoleónicas. Hasta la lengua castellana es seca, viril, enfática. No tiene suavidades aterciopeladas ni la musicalidad de la lengua italiana. Es conceptuosa, apropiada para la arenga, para la elocuencia tribunicia y para la dialéctica jurídica. Corresponde al espíritu enérgico hispano que de ella se sirve. Esa energía que es rasgo fundamental de la raza, saturó hasta sus santos; ejemplo, San Ignacio.

Mesiánico por influencia árabe, con sentido ideal de la vida, de hidalguía proverbial, con aspiración constante a lo grande, a lo noble, el espíritu español vive y perdurará en sus caballeros, sus santos y sus héroes.

Aparte de estas características generales de la raza española, las distintas regiones tienen sus cualidades particulares, las que someramente pasamos a enumerar.

MESETA CENTRAL — CASTILLAS Y EXTREMADURA

Es una verdad indiscutible que el medio físico influye apreciablemente sobre la psicología individual y colectiva. Al entrar en el estudio del carácter de las provincias de Castilla haremos algunas consideraciones sobre las tierras castellanas, por guardar perfecta analogía la psicología de los individuos de esas regiones con el medio físico en que viven. Las Castillas que representan la España tradicional no pueden llamarse un país hermoso. La tierra se muestra al desnudo con sus arcillas fuertes y sus arenas de diversos tonos: grises, azulados, de un rojo claro o de un rojo sangre. Sus caminos se confunden con las tierras cercanas. Otras partes de la meseta están alteradas por montículos pedregosos, tostados por el sol y cortados por surcos en los cuales los cardos silvestres y otras plantas espinosas alternan con los cereales. Al oriente de Madrid, la meseta toma el aspecto de un país de montañas. El horizonte está cerrado por faldas y cimas revestidas de una hierba pobre y sombría. Los pastos se extienden hasta perderse de vista hasta la base de las montañas lejanas y en estas llanuras semejantes a ciertas pampas de América, la vista no tropieza con un solo árbol. Al ver la triste desnudez de la mayor parte de estas llanuras parece imposible que la meseta de Castilla hubiese sido en el siglo XIV un bosque casi continuo. Los campesinos tienen prejuicios, casi odio contra el árbol. Detestan el follaje que sirve de refugio al pájaro, ladrón de grano. «Quien tiene el árbol, tiene el pájaro», dice el antiguo refrán, y para exterminar los pájaros se han encarnecido en la destrucción de los bosques. En ciertas comarcas no quedan árboles; se pueden caminar días enteros sin ver uno solo. El campo está reducido a tal desnudez, que, como dice el refrán, «la golondrina, para atravesar Castilla, necesita llevar su provisión de grano.» De lejos las casas construídas con tierra gris y guijarros se confunden con el suelo que las rodea. El agua falta en muchas regiones de la Meseta como en las soledades de África. Todas las mesetas de la España Central son pródigas en campos cenicientos, fértiles en granos, escasas de árboles, con barrancos sin agua y páramos donde pace el ganado.

Los habitantes se asemejan a la tierra en que viven. La gente de Castilla y de León es grave, concisa en su lenguaje, majestuosa en su actitud, igual en el humor y no pierde nunca su dignidad. El castellano aunque bondadoso y amable es

altivo entre los altivos: «yo soy castellano», dice, y esta expresión vale en él como un juramento. No reconoce superiores pero respeta el orgullo de los demás y los trata con la cortesía que se debe a un igual. A los extranjeros que visitan por vez primera a Madrid o cualquiera otra ciudad de Castilla, les llama la atención la franqueza e igualdad con que se tratan todos, pobres y ricos, elegantes y haraposos, sin altivez de una parte, ni bajeza de la otra. País monárquico hasta no hace mucho; las costumbres de sus regiones como Castilla eran netamente democráticas. Madrid es una población castellana en sentido geográfico solamente. En la realidad, es el centro de reunión de la península gallega y cántabros, aragoneses y catalanes, murcianos y valencianos forman los elementos de su población. En este conglomerado sobresalen los andaluces por la viveza de los gestos, su animación y capacidad.

EXTREMADURA

Es tierra de imaginación, de ansia generosa, de aventuras, impulsiva y decidida, inquieta, dinámica cuando forja ideales. Bastaría para comprobarlo el hecho histórico de sus soldados y conquistadores. Cuando Cortés, Pizarro y otros visionarios, oriundos de Extremadura, realizaron sus prodigiosas empresas en el Nuevo Mundo, la juventud valerosa se sintió arrastrada por el ejemplo. Ante lo maravilloso que concibieron nada les pareció imposible. La sed de aventuras los impulsó tras lo ignoto y lo aleatorio. Sólo hombres de estas cualidades unidos a los españoles de Castilla y Andalucía pudieron conquistar los imperios azteca e incásico y vencer las mesnadas indígenas, después de haber triunfado del hambre, el frío y las enfermedades. Los extremeños, dice Réclus, son talvez los mejores españoles por su tenacidad y energía: por eso fueron llamados «los indios de la nación».

PROVINCIAS VASCONGADAS. — NAVARRA, ASTURIAS Y GALICIA

Los vascos son fuertes y gallardos; diestros, tradicionalistas y de carácter independiente. Astutos y valerosos. El éuskaru, como el asturiano y el gallego, ama la naturaleza libre. Excepto en los distritos comerciales e industriales las casas se levantan aisladas sobre promontorios, laderas y al borde de los arroyos. En este modo de vivir hay que recono-

cer, aparte de su espíritu contemplativo y de su marcado gusto por la soledad, el hecho de ser los vascos un pueblo libre que nada teme de sus vecinos. Mientras las poblaciones de casi toda Europa tenían que refugiarse en fortalezas y ciudades amuralladas para defenderse de las invasiones, los vascos siempre en paz entre ellos y con los vecinos podían establecerse en medio de sus campos.

Los navarros, que pertenecen a la raza éuskara, se distinguen por su sobriedad, su carácter cortés y sincero y su apego a las tradiciones.

El asturiano es sobrio como el navarro, sufrido y trabajador. Lleno su país de tradiciones y de recuerdos históricos, siente gran apego por el recuerdo de sus antepasados y de tal manera que sus costumbres, sus versiones y hasta el idioma vulgar de la región reflejan la manera de ser de los siglos pasados.

Los gallegos no son como se los ha creído de mentalidad escasa, pues que gran parte de los hombres que han regido los destinos de España han sido naturales o procedentes de Galicia y entre ellos se han contado oradores, juriconsultos y financistas. Al mismo gallego emigrante que es, por lo general, de clase social inferior, se le busca por su inteligencia, su honradez y laboriosidad. Se estima una afirmación errónea creerlo rudo y avaro, confundiendo su espíritu económico. El gallego del campo es reacio a los refinamientos de la civilización; es sencillo y hospitalario, franco, serio, valiente aunque no provocador. Así como los aragoneses, catalanes, valencianos, andaluces y castellanos viven en villas y ciudades, el gallego, el asturiano y el vascongado no gustan de verse aprisionados por la ciudad. A la sombra de castaños, nogales o encinas o en aldeas vive el gallego en casas modestas.

ARAGÓN Y CATALUÑA

Durante siete siglos marcharon juntas sometidas a los mismos destinos y, sin embargo, existen grandes contrastes entre el carácter y el aspecto de ambas regiones.

Aragón, país de llanuras, rodeada por todos lados de montañas, es una región esencialmente continental y sus habitantes, privados de los recursos del comercio, debían ser forzosamente en su mayoría pastores, agricultores y soldados.

Cataluña, país de montañas, de valles abiertos al mar,

de playas y promontorios, debía poblarse de marinos y unir a sus riquezas naturales las que proporciona el intercambio comercial.

LOS ARAGONESES

Son de carácter tenaz y de una franqueza agresiva. A las cosas más insignificantes de la vida aportan la misma tenacidad que a las grandes y heroicas, sin que por nada renuncien de su primera idea. El proverbio popular los retrata: «los aragoneses clavan los clavos con la cabeza.» Se dice: porfiado como un aragonés. Hombres y mujeres deben, sin duda, a este carácter enérgico y tenaz esa firmeza que se observa en sus rasgos fisonómicos. Los aragoneses son fríos y serios, de maneras rudas y tono brusco, pero en cambio, tienen un buen corazón y son sinceros en sus demostraciones de afecto. Irritables, reflexivos y prudentes; valientes y arrojados hasta la temeridad. Los montañeses se distinguen algún tanto de los de la ribera del Ebro, más cultos éstos que aquellos, porfiados y testarudos aunque muy laboriosos.

LOS CATALANES

Son también tenaces y altivos. Se ha dicho que su carácter tiene menos solidez que el de los aragoneses; sin embargo, han dado pruebas de lo contrario en la defensa de sus libertades. Ninguna ciudad de España ha sido tan sitiada como Barcelona, ni ha visto tantas revoluciones en sus calles. Todos estos sucesos han tenido como fondo e impulso el espíritu de independencia que siente ese pueblo. Son laboriosos y de sentido práctico.

ISLAS BALEARES

Por sus condiciones geográficas y por su historia, se hallan íntimamente relacionadas con Cataluña. Los isleños son amantes de su tierra, pacíficos, buenos soldados, mejores marinos y sobre todo con mucho espíritu de trabajo.

VALENCIANOS

El período de romanización por el que pasó la región valenciana con los tres siglos de monarquía goda y seis de dominación musulímica, legaron una fuerte levadura étnica para amasar el carácter del pueblo valenciano, sufrido y valeroso, sentimental y noble, inteligente y artista. Por el cultivo de las bellas artes, Valencia ha sido llamada la Atenas del Mediterráneo y por la extraordinaria belleza del paisaje y de su huerta, el jardín de España. El carácter es una prueba fuerte de la influencia del medio físico sobre la psicología de los habitantes. La gracia de las mujeres, las fiestas, trajes, bailes, todo lo que pueda constituir una actividad social, refleja esa exuberancia de vida, luz y alegría de la región. Agricultores de gran actividad no sólo en la huerta sino también en los lugares montañosos, donde luchando contra el terreno los convierten en campos fértiles. Viviendo en una región más sonriente que la cálida Murcia, son alegres. Valencia figuraba hasta hace poco como uno de los pueblos donde menos se apreciaba la vida humana. Aun cuando esta cualidad está ya atenuada, no son raras las riñas y los asesinatos. En los montes existe una especie de caballeros andantes llamados «rodeos» que cometen un crimen y se van a la sierra huyendo de la justicia, y allí viven años y más años.

Un rasgo de este carácter describe Mariano Latorre en *Un hombre*, cuento inserto en *Ully*. Floridor Aravena, chileno, va arrancando de la justicia por haber asesinado a dos gauchos y huyendo a Tinguiririca, aldea escondida lejos de la frontera argentina en donde se va a sepultar por varios años hasta que haya desaparecido la impresión del crimen.

ANDALUCES

Son graciosos, de maneras atrayentes y elocuentes en sus gestos y palabras. Su simpatía y verbosidad las emplean siempre aun en cosas fútiles. Por lo general, la verba andaluza oculta una gran pobreza de ideas. Toda su sonora y brillante palabrería oculta el vacío. El andaluz, aunque hombre de valor, se siente inclinado a la fanfarronería y ama exhibir sus méritos aun a costa de la verdad. El deseo de brillar lo familiariza con la mentira. Esta tendencia a la exageración, esta imaginación exuberante, oriental, le viene, sin duda,

del árabe y del suelo, rico de vegetación. Tiene la buena cualidad de apreciar las cosas por su aspecto mejor. Si está arruinado y miserable, cuenta siempre como recursos contra el pesimismo, la alegría y el chiste. La perseverancia en el trabajo no es la virtud capital de los andaluces, pero también se ha exagerado mucho su pereza.

El andaluz tiene marcada preferencia por lo pintoresco, por los colores fuertes sin distinguir los matices de las diferentes tonalidades. Esta cualidad la heredó íntacta nuestro pueblo, especialmente el roto amigo de los colores chillones en sus trajes, tanto el hombre como la mujer.

APRECIACIONES DE FOUILLEE SOBRE EL CARACTER DEL PUEBLO ESPAÑOL

Entre Keyserling y Fouillée, como observadores de la psicología del pueblo español, tienen gran importancia las apreciaciones de Fouillée, por su valor científico. Keyserling es más artista.

Damos un resumen de las cualidades psíquicas más sobresalientes del pueblo español que corroboran las indicaciones hechas en este trabajo.

El conjunto de influjos étnicos sufridos por España, ha producido una raza fuerte y vigorosa. Como todos los mediterráneos, el español gusta del placer, tiene un fondo de buen humor y finura de espíritu; pero más que todos conocen las pasiones violentas, concentradas y no expansivas. Tampoco lleva lejos de la mano el cuchillo. Las «ferias» son ocasión de numerosos homicidios.

Los españoles son leales, fieles a la palabra dada; poseen el sentimiento de la dignidad y del honor. Son generosos, hospitalarios, quizás todavía más en el Sur que en el Norte, y, sin embargo, no podría decirse en general que sean humanitarios.

La mezcla de sangre europea y sangre árabe es, sin duda, una de las causas de la universal aspiración a lo grande y a lo noble que se ve en todos los pueblos de raza española. Hasta en la conversación común admira la solemnidad de las maneras y de la expresión. Los campesinos andaluces, galantes cual caballeros, orgullosos como príncipes, elegantes como artistas, vanidosos cual los gascones, creen, si no por su origen por sus maneras al menos, ser señores. Un mendigo, a

la puerta de una catedral, os tenderá la mano, como todos saben, con la dignidad de un hidalgo. En uno de sus viajes, madame Arvede Barine había preguntado el camino y dado una moneda a un mendigo de Granada: este último le indicó el camino con seriedad, se quitó dignamente su sombrero roto y «devolvió la moneda». Un salario hubiera sido vergonzoso; la limosna es noble; un mendigo español no pierde su dignidad.

A pesar de las variedades provinciales, el fondo común se reconoce en todas partes.

Vascos. Los vascos, que representan a los iberos más puros, no sin tener caracteres propios, no se fusionan con ninguna otra raza, se encierran en su aislamiento, a menos que emigren y se lancen a las más lejanas aventuras. De extraña imaginación y espíritu aventurero, sólo salen del estrecho marco de la vida local para perderse en lo universal y absoluto. Al lado de sus marinos, la región vasca cita misioneros, Francisco Javier, y sobre todo Ignacio de Loyola. Celosos de sus «fueros», los vascos, como los aragoneses, tienen, con el apego a las costumbres tradicionales, la tenacidad, la agilidad, la bravura. Encuentran intolerables el servicio militar e impuestos ligeros, pero dieron con placer al carlismo todas sus rentas, toda su población útil: sacrificaron en cuatro años, como ha hecho notar Luis Lande, más de lo que el gobierno español les hubiera exigido en un cuarto de siglo.

Catalanes. Los catalanes han formado durante mucho tiempo un solo pueblo con los provenzales, a los que se acercan por su carácter. Es de alabar su espíritu activo e industrial, su audacia, acompañada de buen sentido, su espíritu emprendedor en busca de la fortuna. Menos ruido y más labor útil, era ya el lema de los catalanes. Gracias a la vecindad de Francia, han conquistado la parte mayor y más sólida de la industria y el comercio españoles.

Andaluces. Vivos, ligeros, espirituales, gascones de España, los andaluces se enorgullecen de la sangre mora que corre abundantemente por sus venas. Los habitantes de Murcia y Alicante, más indolentes, son fatalistas como los árabes. Los de Valencia, laboriosos, pero amigos del lujo y los placeres, dan gran contingente de toreros (!) bailadores. «Los valencianos, dice Murillo, son alegres, ingeniosos, aficionados a las letras, ligeros, dados a las danzas, bailes, y a todos los ejer-

cicios que exigen agilidad. Algunos recorren España y se ganan la vida bailando.»

Gallegos. Se compara a los de Auvernia con los gallegos, obligados a emigrar por la población excesiva de su país, y que en España tienen el monopolio de los oficios más rudos. Pesados, fuertes, se alaba su sencillez y su franqueza (!), su probidad y amor al trabajo.

Castellanos. Tanto como el andaluz es vivo y exuberante, el habitante de las grandes llanuras grises de Castilla es serio, lento y grave, envuelto en su «capa de clásicos pliegues». En su miseria disimulada conserva la actitud orgullosa del conquistador y amo. Solemne, altanero, muy celoso de su honor, apático ante las necesidades de la vida, el castellano, que impuso su dominio a España entera, es poco querido del resto de los españoles: no por eso deja de tener quizás las cualidades mejores de la raza. A pesar de tantas diferencias regionales, el español tiene una fisonomía distinta y única. Ha conservado en todo sitio un ideal de virilidad y aún de virilidad heroica; este ideal, presente siempre ante el espíritu de la nación, explica muchas de sus mejores tendencias, lo mismo que sus defectos. En todo español típico hay un Don Quijote, idealista y soñador, y un Sancho Panza, observador y amante de la realidad.

Obreros españoles. Repróchase con frecuencia a los obreros españoles el ser tan ignorantes como inteligentes, lo cual no es decir poco, el inclinarse a menudo a la pereza cuando no les aguijonea una absoluta necesidad, el tener un carácter irritable y demasiado pronto, al propio tiempo que el ser orgullosos, independientes, indisciplinados. Se nos muestra la masa de los obreros españoles habituados a la indolencia y a una existencia miserable, sin esforzarse enérgicamente para mejorar su suerte, sin esperanza de lograrlo, sin grandes necesidades, ni vivos deseos, faltos de asiduidad, sin ambicioso ardor; más notables como hombres que como trabajadores; industriosos, pero desiguales, despreocupados, tomando poco interés por el trabajo y necesitando una vigilancia constante; tan pronto, después de horas de una actividad febril, pasando horas enteras en la ociosidad, cual los árabes, como haciendo su trabajo con lentitud, sin atención o perezosamente, más ocupados en fumar o hablar entre sí que de cumplir su obligación. No puede excepcionarse sino en parte a los catalanes

y valencianos, más activos, y que en ciertos ramos de la industria fabrican productos lo bastante perfectos.

RAZA INDIGENA

SUS CARACTERISTICAS

No existe aún un estudio especializado sobre las características que distinguen al alma indígena. Sólo hay referencias aisladas y muy breves. Buscando las más fidedignas hemos recurrido a los Cronistas de la Colonia y entre algunos de ellos hay apreciaciones opuestas. Creemos, sin embargo, que se debe dar más crédito a las referencias de los escritores misioneros y esto por una razón que ellos mismos se encargan de dar a conocer. El jesuita Gómez de Vidaurre en el capítulo «Dotes del ánimo de los indios chilenos» (tomo XIV pág. 307 - 310. *Colección de los Historiadores de Chile*) empieza por desvanecer ciertas apreciaciones que él estima falsas por no conocer a fondo el espíritu de los indios. El misionero para llegar a ellos y asegurar su evangelización hace primero un estudio de observación detenida del indio, investiga cómo reacciona ante actitudes determinadas, etc. Y de esta experimentación formula sus apreciaciones. Son arrogantes y soberbios, ágiles y atrevidos dice Carvallo Goyeneche. Cautelosos, suspicaces e inconstantes. Vengativos, hijos del interés y desgraciados en grado sumo. Cuanto más se les beneficia, tanto más se engríen, manifestándose altivos en vez de agradecidos, atribuyendo el beneficio recibido no a la liberalidad sino al temor. Groseros, ignorantes y de viles inclinaciones, nada apetecen ni procuran que no sea la regalía y comodidad del cuerpo. Concentran toda su atención e interés en objetos frívolos y nocivos. Son superficiales. Viven casi como brutos y fallecen del mismo modo, sin que les cause la menor alteración la proximidad de la muerte.

Gómez de Vidaurre rechaza que los indios sean sin discernimiento y amen exageradamente la libertad; que sean egoístas y descuiden a sus hijos. El indio chileno con respecto a las dotes de ánimo, dice, debe definirse: amante de la libertad, despreciador de la vida cuando se trata de la defensa del país. Constante en las fatigas y empresas; soberbio en sus fortunas, superior a sí mismo en sus desgracias, animoso e

intrépido en los peligros, fiel en sus negocios, hospitalarios en sus casas, generoso, perspicaz, astuto e ingenuo con las personas de su confianza. Ama abnegadamente lo que cree virtud como el coraje, la sagacidad, el secreto, el amor a la patria y el odio a todo género de esclavitud. Ama, en una palabra, todas las cualidades que forman al hombre guerrero. Tienen tres vicios dominantes: la borrachera a la que se entregan sin medida; la desidia por los intereses domésticos y el deseo de venganza.

Mariño de Lobera, en *Crónica del Reino de Chile*, dice: «los indios chilenos son de alta estatura, huesos sólidos, cuerpos fornidos, membrudos, alegres, bien acondicionados, animosos y muy valerosos en los combates.»

De un modo particular interesa recordar algo de la psicología de la raza araucana por ser la raza representativa de la demás ramas indígenas que unidas a la raza española produjeron la raza mestiza o chilena.

El araucano es borracho y flojo. Trabaja lo indispensable para alimentarse y cualquier esfuerzo prolongado lo cansa y reposa largamente. Tipo auditivo y visual. Asimila todo lo que entre por la vista y el oído: inepto para el raciocinio. Tiene desarrollado el sentido de los lugares que recuerda un camino, un árbol, el perfil de una montaña, después de muchos años. Esta memoria local debe haberle sido sumamente útil sobre todo en la guerra. Su pereza habitual y apatía para lo que signifique esfuerzo, se revela también en sus trabajos manufacturados. Jamás han pasado de la rusticidad. Sin imaginación creadora, no han sabido darle delicadeza a los tejidos ni arte a las armas y joyas.

Imprevisor por falta de asociación de ideas; supersticioso por falta de reflexión; heroico por su desprecio de la vida.

La mujer es más trabajadora. Gastada por el esfuerzo, sigue al marido silenciosa y resignada. Aun queda en nuestro bajo pueblo esta sumisión y conformidad de la mujer con su suerte y la costumbre de seguir tras el marido.

Resumiendo, las cualidades dominantes del araucano se concretan a las siguientes: inteligencia, valentía, pereza y embriaguez, con las trágicas secuelas, riñas y muertes.

Esta herencia está viva, palpitante, en nuestro roto borracho y camorrista que riñe y mata embrutecido por el alcohol.

ALMA DE LA RAZA

El alma chilena como el alma de toda raza es un complejo de cualidades y defectos difíciles de precisar en líneas generales. La raza chilena heredó las cualidades y defectos que la caracterizan de sus razas progenitoras española e indígena. Recibió de ellas un caudal de buenas cualidades, capaz de hacerla grande y próspera, pero recibió también una tara capaz de mantenerla primitiva y retardataria. La suerte favorable y adversa de la nueva raza ha quedado entregada al interés y a los esfuerzos de sus hijos. El enaltecimiento de las virtudes de la raza y destrucción de los defectos perturbadores, es la tarea sagrada y homérica, que viene laborando cada generación. Nuestra raza no ha llegado aún a su perfecto desarrollo, es decir, no se ha aprovechado de ella el grado máximo que es capaz de dar. En la lucha de los elementos que la constituyen, cualidades y defectos, esperamos que han de triunfar las ventajas sobre los inconvenientes.

DEFECTOS Y CUALIDADES RACIALES

Del andaluz, las clases bajas han heredado la ligereza de juicio, la despreocupación del porvenir y el fatalismo infiltrado a los andaluces por los árabes. Del indio, esta misma tendencia fatalista, la inclinación al alcoholismo, al robo, a la violencia y a la acometividad. Del vasco, seco como su solar, han heredado las clases altas, la dureza, imaginación escasa y el egoísmo calculador. Unas y otras de los españoles, en general, la jactancia, el orgullo arrogante, la incapacidad para la cooperación, el débil espíritu de iniciativa que hace esperar todo del gobierno y la crítica negativa, consecuencia de la envidia.

De indios y españoles hemos heredado la tristeza que en las clases altas asume el aspecto de gravedad, y en las clases populares, el carácter reservado y taciturno. Atávicamente nuestra raza es *triste*. La vida colonial fué gris, soñolienta y monótona. Los conquistadores, aun los mismos andaluces, alegres y de sonora carcajada, cambiaron de carácter o por la nostalgia de la patria o por las austeridades de las empresas en que estaban empeñados. Después de la Conquista, esta

tristeza atávica se ha conservado en nuestro pueblo por la vida de trabajo mal remunerado, por la larga servidumbre del inquilinato, por el desprecio de las clases altas, por la vida sin horizontes ni ideales y por el ambiente mísero y de pocilgas en que generalmente vive.

Reflejos de esa tristeza son: el canto, la poesía y los bailes populares como la cueca. El canto se condensa en las «tonadas», de letra quejumbrosa, angustiada, nostálgica y doliente. La poesía popular es lastimera y llorona. La cueca, el baile típicamente nacional que por más de un motivo recuerda la jota española, no es en sí un baile alegre. Esa alegría que se advierte nace del tamboreo, de los *huifas*. Todo ese chivateo indígena es producto de las libaciones. El pueblo ríe, canta y baila solamente estimulado por el alcohol.

Esta tristeza racial alcanza también a las clases altas en donde hay muchos jóvenes con trazas de viejos prematuros: hombres en plena virilidad que parecen decepcionados y enfermos. Los paseos de moda, los *rendez vous* en el Lucerna, en el Crillón son más apariencias sociales que diversiones y regocijos verdaderos.

SOMOS SUPERSTICIOSOS

Lo supersticioso nos viene de los indios y de los españoles, menos supersticiosos que aquéllos.

La superstición es un defecto racial, del que adolecen todas las clases sociales. Es difícil recorrer los caminos del país sin encontrar una cruz resguardada del aire y del sol con latones viejos, teniendo continuamente velas encendidas por devotos promeseros. El vulgo cree que es ánima milagrosa la del que ha muerto trágicamente. Casi en las puertas mismas del Teatro Municipal, ardían día y noche centenares de velas recordando a los que habían muerto ahí en los días de gobierno revolucionario. Ya no es una novedad las verdaderas romerías que frecuentemente llegan al lugar donde murió Mesa Bell. Al ver las imágenes, rótulos, súplicas y luces cualquiera piensa en los tiempos indígenas. El mausoleo de Balmaceda no tiene un solo espacio libre de los muros sin que se lea una invocación al alma del mártir como se le ha llamado.

El sacerdote, la monja o cualquier religioso son para el pueblo presagios de mala suerte. Y a fin de evitarla, recu-

rrén a tomar fierro. Los gitanos, los o las adivinas viven de la superstición. D'Halmar en *Juana Lucero* refiere algunos casos de superstición popular. Bibelot cuenta a sus amigas: «Estoy muy contenta porque ayer viernes me corté las uñas y ví esta puntita blanca en el dedo del corazón. Después entrando a la cocina, el fuego chisporroteaba y la leche se subió y como si esto no fuera bastante al vestirme me puse la pollera al revés. Esto quiere decir que recibiré plata.»

Un parlamentario de mucha nombradía, antirreligioso como el que más, duerme siempre con luz porque a oscuras teme la aparición de las ánimas.

Son inagotables los ejemplos comprobantes de la superstición de nuestro pueblo.

LA ENVIDIA

Es la enfermedad del país. Entre los extranjeros hay protección mutua. El chileno que trata de surgir en cualquier actividad social que sea, se ve detenido por el compatriota que le estorba el paso. Hay entre nosotros una permanente hostilidad al bienestar de los demás chilenos. A la envidia se debe la tendencia destructora de hundir a todo el que vale. Se envidia la fortuna, el talento, la situación social, el encumbramiento político y hasta la misma honorabilidad. Gran parte de la crítica literaria malévolá, la maledicencia social o «el pelambre» se debe a este defecto racial.

Don José Victorino Lastarria en su *Manuscrito del Diablo*, reconocía que la primera virtud del alma chilena era la envidia y don Justo Arteaga Alemparte decía a su vez *que si las manchas del sol hubieran sido desconocidas, un chileno seguramente las habría descubierto.*

INDIVIDUALISMO

No tenemos espíritu de asociación. Esta cualidad debe ser herencia de los españoles. Madariaga señala entre las características de su nación, el individualismo tal como existe entre nosotros aun con desmedro de los intereses públicos. Podrá observarse, dice Madariaga, este carácter aun en los mismos conquistadores de América. Eran sólo individuos, no grupos, los que llevaban a cabo las empresas. Hernán Cortés, no la colectividad española.

Desde los campeonatos de foot-ball hasta el Parlamento puede verse comprobada en Chile la falta de espíritu de asociación o el individualismo pernicioso. Equipos fuertes y ágiles fracasan porque cada uno quiere distinguirse en perjuicio del grupo.

EMBRIAGUEZ Y MESIANISMO

La embriaguez es un vicio nacional. Es de herencia indígena araucana. Es cierto que no es un defecto absoluto, que sea exclusivo de Chile. La embriaguez tiene hoy un alcance universal.

EL MESIANISMO

Este vocablo está tomado de Madariaga, como se dijo anteriormente, en el sentido de esperarlo todo de la suerte. Esta tendencia mesiánica heredada se condensa en el juego, que está igualmente extendido a todas las clases sociales. Aparte de tener en nosotros el juego una raigambre racial, esta tendencia se halla estimulada por las exigencias de la vida moderna, confort y placer. Para adquirirlos por el ahorro lento es muy demoroso; se recurre entonces al juego, a las eventualidades de la suerte.

PATRIOTISMO

El amor a la patria es un rasgo vigoroso y acentuado de nuestro carácter nacional. El chileno es patriota, especialmente por la lucha incesante que formó la cuna de la raza y que tuvo que sostener hasta su virilidad. Nuestro patriotismo no es vocinglero y teatral; es efectivo y constante. Cuando más adelante se hable de los tipos sociales, ampliaremos esta cualidad tan característica de nuestra raza, heredada de los araucanos.

CARIÑO AL TERRUÑO

El chileno es aventurero por necesidad más que por temperamento. En tiempos normales casi nadie sale de su pueblo. Y aun en los tiempos de crisis se observa el mismo fenómeno

siempre que haya *para pasar*, para atender los gastos más indispensables. Si el chileno sale de su pueblo en busca de trabajo, en busca de un mejor porvenir, con buena o mala ventura regresa a su hogar. Esto puede verse en las provincias del Norte. Las pampas salitreras de Tocopilla, Antofagasta y Tarapacá, por el sistema de «enganches» se surten de trabajadores con los obreros de las provincias de Atacama y Coquimbo. Cada año, en Diciembre, con motivo de las fiestas religiosas de Andacollo, esa gente vuelve a sus casas para quedarse y sólo en caso extremo de cesantía aspira otra vez por el norte. Víctor Domingo Silva, que ha estudiado muy bien los problemas del trabajo en las pampas salitreras en su libro *Palomilla Brava*, dice, «el hombre de nuestro pueblo tiene indudablemente instintos nómades, pero debe decirse también que muchas veces no lo empuja a moverse su inquietud innata sino circunstancias ajenas a su voluntad.»

PSICOLOGÍA DEL PUEBLO

Así intitula don Domingo Amunátegui Solar, en su obra *Historia Social de Chile*, el capítulo que se refiere a las cualidades de nuestro pueblo. Enumera, en primer lugar, el gran cariño que éste tiene por la madre. No conoce injuria más atroz que las que ofenden a la persona de su madre. En las trances apurados, al paso que se queja de la ingratitude de los amigos sólo de ella hace gratos recuerdos.

*Preso en la cárcel estoy
por andar por mal camino;
por no hacer caso a mi madre
este ha sido mi destino.
Dónde habrá como la madre
que en todo pone cuidado!
Cuando la madre se muere
quedan los hijos botados.
Yo no me muero por naide,
naide se muere por mí;
solo me sacó mi maire,
y solo m'hei de morir.*

Las estrofas transcritas descubren hasta el fondo el alma del obrero chileno y es la madre el motivo frecuente de la inspiración popular.

Otro rasgo simpático que caracteriza al pueblo, sobre todo a los labriegos, es la generosidad y el instinto hospitalario. Cuando el huaso en el campo y el artesano en la ciudad tienen lleno el bolsillo, son capaces de dar el último centavo a favor de un amigo o de un pariente. Y, de igual suerte, ningún necesitado golpea a la puerta del rancho o del cuarto de alquiler sin que sea recibido y albergado con simpatía. Estas son condiciones que colocan a los obreros al nivel de las personas cultas en los sentimientos de caridad humana. Donde puede observarse muy bien la generosidad de nuestro pueblo es en la costumbre de *mandar presentes*, sea porque uno llega, sea porque *está de santo*, o sea por cultivar la amistad. Santiván en *La Hechizada* y Senén Palacios en *Hogar Chileno* refieren casos exquisitos de esta generosidad del pueblo campesino.

La tía Lolo en *La Hechizada*, sentada en un sillón de vieja con bondad patriarcal, recibe la visita de sus empleados. El desfile empieza por don Zoilo, el mayordomo parecido a rama seca, le cuentan que se murieron dos vacas y que el caballo tordillo se mancó. Pasa después la señora de don Zoilo llevándole de regalo harina tostada, huevos y queso de cabra.... Y así sigue el desfile con intercambio de ofrendas y propinas.

En *Hogar Chileno* es una muchachita a pata pelada y cara de ollita de greda colorera que va con una canastita de huevos y dice: «Aquí me manda mi mamita a saber como han llegado los patrones. Estos huevitos son para que se los coma misiá Isabelita; que los puso la gallina moñona castellana.» Este recado de sabor nacional es como el tipo standard de la forma de entregar los obsequios entre los campesinos.

DESPRECIO POR LA VIDA

Es una de las características culminantes de la raza. Son resortes de esta cualidad la belicosidad racial, el espíritu fatalista atávico, la vida aporreada, gris, ignara, sin ideales y lo peor sin esperanzas. De aquí la ratería, los ladrones que pasan años de años en nuestras cárceles. De aquí también la guapeza, el espíritu púgil de nuestra gente de pueblo que por asuntos fútiles muchas veces se «agarran a cuchilladas», excitados por el

alcohol. *Pampa Trágica* de Víctor Domingo Silva refleja exactamente esta cualidad. Instrumento de la belicosidad racial del chileno es el corvo. El corvo en el chileno es como en el puma la uña maestra, la expresión pujante de su zarpa. El corvo es el apéndice del roto.

El carácter agresivo del pueblo tiene etapas de desarrollo. Empieza en las calles o en el campo en donde los conflictos se solucionan a puñetazos o a pedradas.

El estímulo de los padres que enseñan a despreciar el peligro, resistir el dolor, son otros tantos motivos de educación del carácter belicoso. Así se va modelando ese ejemplar resistente y corajudo que ya crecido se va a enfrentar con las durezas y agresividades de la vida.

La valentía violenta, producto del desprecio por la vida es el atavismo de nuestros antepasados bárbaros y feroces que pesa aún sobre nosotros: es el antropoideo, dice Cabero, que llevamos dormido bajo la epidermis del civilizado y que despierta sacudido por la ambición, por la ira, por la injusticia y otras pasiones.

Algunas características más podríamos enumerar. Lo haremos al hablar del alma de la raza en la literatura.

TIPOS SOCIALES

EL ROTO

Sentido étnico del roto.

El roto étnicamente considerado en el caso de Chile, es indefinible. Es probable que sea producto del peón de la encomienda, arrancado a la férula de sus señores: o bien, especie mejorada del indio chango que habitó las costas de nuestro país desde la región de Coquimbo hasta el Maule. (1)

Este tipo mejorado de indio por la cruce con algún elemento peninsular, produjo un ser que no pudo amoldarse a las costumbres ambientes del país, creando así un carácter especial. En el caso en que abandona la encomienda en que

(1) Esta opinión está fundamentada en los escritos de don Tomás Guevara, «Chile Pre-hispano», tomo I.

trabaja, se transforma en bandido que vive en las quebradas, en los bosques, en los cerros, dedicándose al cuatreroismo o bien al bandidaje en la forma romántica que han descrito Rafael Maluenda, Mariano Latorre (*El bandido en la literatura chilena*) y otros autores nacionales. Pero es evidente que este tipo de nuestra chilenidad ha sido también idealizado: Vicuña Mackenna lo hace aparecer como el eje de la contienda en la Guerra del Pacífico. Joaquín Edwards le ha dado en el ambiente social de su hampa una gran exageración. Maluenda lo ha convertido en un ser generoso y heroico. No es posible, por lo tanto, determinar con exactitud las proporciones de su verdadera psicología. Dando del roto una idea abarcadora, como dicen en pedagogía, podría definirse: es la masa flotante, movable de la sociedad baja chilena y que admite varios tipos: el roto propiamente tal, que vendría a corresponder al tipo idealizado por Vicuña Mackenna, Joaquín Edwards, Durán, Latorre, Maluenda, Roberto Hernández, Senén Palacios y otros; el roto del inquilinaje, el roto minero, el roto gañán, el roto jornalero, etc.

Con los antecedentes que hemos podido reunir, vamos a trazar su retrato.

SEMANTICA DE LA PALABRA «ROTO»

El primer significado de «roto» fué el de *andrajoso, raído*. Según el cronista Mariño de Lobera, los españoles pasaron siete años sin mucha diferencia con los aborígenes en materia de vestimenta, y tan «rotos» como éstos, pues los más pulidos y galanos apenas tenían, para cubrirse, una zurcidora de cueros de perro. En este mismo sentido lo emplea Cervantes en *El Quijote*. Cuando le hablaron a Don Quijote de aquellos hidalgos pobres, llenos de remiendos en su traje, contestó: «Esto no tiene que ver conmigo, pues ando siempre bien vestido y jamás remendado; *roto*, bien podría ser; y el *roto* más de las armas que del tiempo.» Palacios en *Raza Chilena* refiere que un trabajador extranjero, mostrando una rotura de sus pantalones a un obrero chileno, en las salitreras de Tarapacá, le dijo: «Yo también soy roto.» El roto auténtico, dándole una mirada, replicó: «Rotoso serís pero pa roto te farta mucho.»

Segunda significación.

La palabra «roto» ha tenido también el significado de *ropa corta*. Hablando un cronista antiguo de las disputas de Francisco de Villagra y de Francisco de Aguirre sobre quién sería el sucesor de Valdivia refiere que los licenciados Peña y Altamirano dijeron: «*Algunos hombres de ropa larga* decían que aunque el mando fuera de Aguirre no había lugar cumplirlo, por cuanto estaba fuera del Reino.» De suerte, comenta Roberto Hernández, que siendo los poderosos de aquellos siglos *hombres de ropa larga*, era natural que fueran los desvalidos, los pobres, los de *ropa corta*, en una palabra, los primitivos y verdaderos *rotos*, fundadores de su larguísima familia, tan prolífica como las baratas.

Tercera significación.

Precaución y defensa. ¡Ya vienen los rotos de la frontera! Vicuña Mackenna en la *Historia de Santiago* dice que esta exclamación fué incorporada como proverbio para significar la necesidad de precaverse y de ponerse en guardia. Los soldados del sur de Bío Bío llegaban por cuadrillas a la opulenta capital del Reino para hacerse pagar allí con la espada y con el lazo sus propios atrasos, y vestirse, los desnudos, quitando su manta al mejor estanciero del camino. Esto ocurría cuando el capitán que iba de Chile al Perú en busca de los ducados para pagar al ejército, volvía con poco, porque casi todo lo había jugado en Lima. La consideración de este hecho histórico hace decir a Vicuña Mackenna: «Obsérvese desde luego que el roto primitivo, el roto histórico, no es un miserable. Es un advenedizo, pero es una víctima. No es un ladrón, sino que ha sido robado. Viene a quitarle la capa al santiaguino, porque los mercaderes de Lima, aliados con los agiotistas de Penco, le han quitado las suyas: Les trampean sus sueldos en la frontera y ellos vienen a pagarse a su manera en la capital del reino.» De aquí el origen de esta especie de sálvese quien pueda: ¡ya vienen los rotos de la frontera!

Esta exclamación desesperada de próximo saqueo puede equipararse a la que lanzan los argentinos cuando las nubes de langostas amenazan las siembras de sus campos.

Cuarta significación.

De este hecho histórico se deriva una nueva significación de la palabra «roto». Ya no es el pueblo en general sino la casta de la frontera, el roto soldado, el roto libertino, sin Dios ni ley. Esta acepción coincide con la del Diccionario de la Academia Española: «Roto. — Se aplica al sujeto licencioso, libre y desbaratado en las costumbres y modo de vida. . . .» Por lo tanto, de acuerdo con el sentido del diccionario, el calificativo «roto» ya no significa una clase social ínfima, plebeya, sino una modalidad determinada de los individuos, que tanto puede hallarse bajo el techo de una choza, como bajo el techo de un palacio.

Quinta significación.

A la palabra «roto» se le atribuye también una significación de casta social inferior, plebeya. Los aristócratas llaman «rotos» a lo que no son de su clase social, aun cuando pertenezca el sujeto a la clase media.

Sexta significación

«Roto» tiene un sentido de incultura, mala educación, grosería, sin delicadeza. Es una rotería, se dice cuando se ha procedido descortésmente. Entre los mismos obreros se oye expresarse mal de un compañero, diciendo: «si es un «roto.» Esto cabe solamente en el caso de un hombre del pueblo de cierta educación respecto de otro que no la tiene.

EL ROTO HISTORICO

Siendo la virtud máxima del roto el patriotismo, concentración de otras cualidades que también lo caracterizan, veamos algo de la actuación de este exponente típico de la raza a través de la historia.

El primer batallón de rotos en el sentido histórico de la palabra fué el que se llamó por su origen «Infantes de la Patria», los que esparcidos después en los buques de la vieja escuadra arrancaron a Lord Cochrane la expresión de ser los

primeros soldados del mundo. De este regimiento fué José Romero, tipo del roto antiguo, quien andaba tan desastrado al salir a la primera campaña, que los hombres de ropa larga de Santiago lo vistieron por contribución.

Conociendo San Martín el valor, la astucia y la inteligencia del roto, fueron arrieros y huasos ladinos sus principales auxiliares como emisarios al través de la Cordillera.

Buena parte de la gloria de Chacabuco se debe al modesto campesino, al famoso baqueano de la cordillera, Justo Estay, el más fiel y el más inteligente de los soldados de San Martín a quien siguió siempre como el perro al amo. Confundido Estay entre los curiosos que comentaban la situación acordada para contener a San Martín, lleva las noticias al general quien anticipa la batalla logrando con esto la mitad del éxito.

Trabajadores de la playa, pescadores de la caleta, jornaleros y peones de bodegas formaron la tripulación improvisada para manejar y defender *El Aguila*, barco capturado a los españoles a raíz de la batalla de Chacabuco.

Maipú, dice un escritor, fué una batalla de ponchos y casacas; el lazo hizo en ella tanto estrago como el fusil y los grupos de rotos contribuyeron tanto a su desenlace como los escuadrones de huasos.

El heroísmo del pueblo en Chile no es cuestión de sexo sino de sangre. La sargento Candelaria Pérez, mujer del pueblo, empleada de casa grande, sobresalió por su bravura y arrojo en Pan de Azúcar, prólogo brillante de la victoria de Yungay.

Si se trata de ejemplares de resistencia física se encontrarán abundantes y extraordinarios entre la gente del pueblo, cuyos hechos tocan los límites de lo legendario y patológico. El famoso roto Mutra, «animal forrado en piel de cristiano», que de puro gusto hizo la jornada de Concepción a Atacama para trabajar en el ferrocarril de Caldera a Copiapó. Juan Aguilar que tenía la manía de creerse caballo y por eso andaba siempre al trote o corriendo a escape; no faltándole nunca una huasca con la que se azotaba para aumentar la velocidad. Recorría con frecuencia las dieciocho leguas que median entre Melipilla y Santiago llegando a la capital «fresco como una lechuga».

Creemos superfluo continuar destacando la actuación patriótica del roto en nuestra historia nacional. No hay triunfo guerrero, llámese Chorrillos y Miraflores, Combate Na-

val de Iquique, Tacna y Arica, Combate de la Concepción y otros, sin que sus páginas más gloriosas correspondan al humilde soldado del pueblo. No hay obra de esfuerzo físico y de peligro encaminada al mejoramiento del país en que el obrero chileno no haya puesto su energía y trabajo. Se trata de explorar el desierto, es el cateador minero el que se lanza tras lo desconocido, soñando con un mundo de riquezas a veces intangibles, no importándole nada el frío, el hambre y la sed.

Es a nuestros rotitos a quienes se les puede aplicar la estrofa del *Tabaré* de Zorrilla de San Martín:

*¡Héroes sin redención y sin historia,
Sin tumbas y sin lágrimas!
¡Estirpe lentamente sumergida
En la infinita soledad arcanal*

CUALIDADES DEL ROTO

Este exponente típico de la raza reúne de ella todas las cualidades quintaesenciadas. El roto presenta una variedad de matices a lo largo de nuestro país, como si la geografía de cada región creara tipos distintos dentro de la misma raza. Modificado este individuo por las regiones se produce en Chiloé, el chilote; más al norte de Chile, el maucho; luego el roto propiamente tal; el montañés, el costino y el pampino o nortino.

El psicólogo Ribot en una de sus obras dice: «Sería difícil encontrar hombres más dulces y más amables que los de Chiloé, oriundos de una mezcla de proporciones variadas de indios y españoles». La diferencia de temperamento del chilote con los habitantes del centro y norte de Chile se debe sin duda a que descienden de una raza indígena más apacible que la bravía del continente que se mezcló con los españoles; a la influencia más profunda de estos últimos, pues su dominación duró hasta 1826 y, por último, al medio físico.

La población pampina o trabajadora de las salitreras está constituida por gente de las distintas regiones del país, principalmente de las provincias de Atacama y Coquimbo. El clima hostil, el trabajo rudo, la vida aporreada dan al hombre del norte un carácter poco impresionable, viril y arrogante. Es duro para el sufrimiento, infatigable para el trabajo, des-

preciador de la vida y del dinero que lo malgasta en el juego y en el licor.

Entrando a la enumeración de las cualidades del roto decimos que es *imprevisor*, le falta sentido económico. Roberto Hernández en su obra «El Roto Chileno» refiere el caso de los Peralta, dos hermanos que «remolieron» en un año dos millones de pesos. Murieron más pobres que los asnos que antes habían arriado. El roto es imprevisor, comenta el autor citado, porque el dinero no tiene para él más que un valor: el de facilitarle el camino de la taberna o el de la orgía; de aquí proviene su constante pobreza.

Característica proverbial de nuestro roto es su *generosidad* no sólo material, de dinero, por ejemplo, sino también moral. Cuando el roto acoge algo como un ideal superior fácilmente desprecia la vida y sus intereses por defenderlo. Una anécdota de la Guerra del Pacífico confirma esta cualidad de nuestro carácter nacional. Se anunció en Talca la pasada del tercero de línea que había hecho muchas jornadas en la frontera. Un muchacho roto de apellido Labra, vendedor de empanadas, al llegar el convoy se abalanzó a los carros y, echando atrás el paño que cubría su mercadería, empezó el patriótico reparto de las empanadas. Sin capital para el día siguiente, resolvió «hacer algo por la patria», regaló al primero que tuvo a mano el cajón vacío y se enroló con su perro entre los soldados. Al partir el tren Labra sacó la cabeza por una ventanilla y gritó a todo pulmón: ¡Adios, empanadas! ¡Con pasa, aceituna y huevo!

¡Sublime ofrenda del roto empanadero!

Estudiando un autor las cualidades del roto por sus procedencias étnicas, dice que del andaluz ha heredado: la audacia, valentía, despreocupación, desprecio de la vida, viveza e ingeniosidad, plasticidad de expresión, alegría y placer de jaranas. Al mismo origen atribuye la cueca, la manta y la chupalla en los hombres y el manto de las mujeres que corresponde al traje de viuda andaluza.

El roto tiene los vicios y las virtudes de la raza indígena: indolente, rapiñador, supersticioso y alcohólico. Enérgico, belicoso, sufrido y altivo.

Conviviendo tres siglos españoles e indígenas, natural era que se produjeran influencias recíprocas, indianizándose aquellos e hispanizándose éstos: influencias que los descendientes comunes conservan en muchos aspectos de la vida.

Senén Palacios en *Hogar Chileno* refiriéndose al roto dice: «Es obsequioso y jovial, pero altivo y no soporta ultrajes, ni insultos de nadie. Es ocurrente y chistoso en los momentos de amistad y afectuoso hasta el enternecimiento con los de su familia. Salta como un tigre y da el zarpazo si le tocan el nombre de su madre o el de la patria, ardor que lo precipita en esas resoluciones extremas o heroicas de que ha dado tantos ejemplos memorables el roto soldado y el roto bandido».

El roto, dice Edwards Bello, es un hombre - naturaleza, un ingenuo predestinado a caer en la primera trampa que le eche la vida; con toda naturalidad se adhiere a cualquiera de las llagas sociales que abundan en las ciudades, sin comprender que se degrada. El roto es una mezcla rara de vicios y sentimientos generosos. El roto y el futre, la leva y el poncho, forman el maridaje fenomenal de la sociedad chilena. Es tan poco amigo de la limpieza que la mugre le es una marca característica.

Pueden meterlo en una casa moderna con agua corriente, baño y cocina perfecta; al poco tiempo, el baño será almaciga y la cocina gallinero. Sentiría la nostalgia de la mugre que le arrulló en la cuna.

El palomilla.

Es el roto niño o muchacho. Es el roto en formación. Es el héroe, el protagonista en una novela picaresca de carácter nacional. El palomilla tiene un octavo pecado capital, el de la *simpatía*. Esta cualidad la destaca en todos sus actos. (1)

En una de las novelas breves que componen *Travesía* de Manuel Rojas, este autor habla de dos clases de palomillas: el palomilla callejero, vendedor de diarios, lustrabotas, raterillo y el palomilla cuchillero. El primer tipo de palomilla forma el roto corriente; el segundo tipo, el bandido.

Rojas dice: «La palomilla terrible y peligrosa es la fina palomilla nocturna: aquella que mariposea bajo la luz de los faroles sub - urbanos y desaparece al amanecer en los zaguanes de los conventillos; la palomilla que roba cuando tiene ocasión de hacerlo y hiere y mata cuando le dejan y cuando nadie lo ve y que, sin embargo, no es ladrona, ni asesina de profesión, fal-

(1) Se hace referencia al palomilla tranquilo, bueno.

tándole audacia para lo primero y valor para lo segundo, pues no es valiente ni audaz sino en la obscuridad y en la soledad de las callejuelas apartadas. Esta palomilla no es generosa, puesto que es pobre de condición y miserable de espíritu: no es amable puesto que es brutal: no es tranquila puesto que es maleante. Gasta poco y se divierte mucho. Su diversión es fría como una daga y triste como una máscara.» La mejor escuela de esta clase de palomillas está en las calles de arrabales y en las cárceles en donde entran a veces por robar una gallina y salen preparados para criminales.

SIMBOLOS DEL ROTO

Mariano Latorre en *La Cordillera es sagrada*, de la colección *Sus mejores cuentos*, traza una hermosa alegoría de nuestro roto. «Los yerbajos cordilleranos que se agarran a la costura de tierra de las laderas como arañas, son fiel imagen del roto que bajo su corteza tosca, encierra un alma tosca, generosa y noble. En sus pulpas sin jugo hay disuelta una gota generosa que mitiga dolores y devuelve salud. Todos tienen el color ceniciento de nieve sucia, el color del vientre de las culebras y liguanas, pero en cada uno hay una virtud oculta: en el copito rosado de la mazorca que se balancea cómicamente en su pequeño tallo erizado: en las raíces de la *cepa caballo* hurañamente arraigadas al corazón de las piedras: en la blanca clavelina del *té de burro*, o en el disco de oro del *quinchamali* a cuyo contacto se cierran las heridas: todas ellas tienen un aroma recio y salvaje pero que fortifica, equilibra y no embriaga.»

Senén Palacios simboliza al roto en «El Espino», árbol secular, arisco y fiero de nuestra flora.

«Ambos encarnan el alma de la nación. Ambos tienen su temple indomable, su aislamiento severo y recogido, y hondas raíces en el suelo que les dió la vida. Ambos son lentos en inflamarse: pero cuando uno arde y el otro se entusiasma, son como el infierno en combustión. No son bonitos de cara ni suaves de genio pero son iguales como materiales de resistencia; uno por su leño, el otro por su musculatura: y allá se valen el brazo del roto y el garrote del espino. Y cuando el brazo enarbola el garrote, misericordia....! Tiemblan los más

valientes, porque rompe huesos y descalabra cabezas con fuerzas de gigante.

«Ambos se ven relegados al olvido y empujados por elementos de afuera, y sólo se acuerdan de ellos cuando necesitan de su fuerza; el espino, para las mazas de carreta: el roto, para la guerra.

«La tranca de espino monta la guardia detrás de la puerta, en defensa del hogar; el roto la monta de soldado en la frontera, en defensa de la patria.

«Si el roto mantiene su familia con el sudor de su frente, el espino le sostiene el rancho con el hombro, sirviéndole de horcón.

«Del corazón del espino pueden sacarse en el torno obras delicadas de arte, cuando es bien manejado. Del corazón del roto pueden sacarse emociones de ternura cuando se acierta a conmooverlo, porque su alma es de acero y su corazón es de niño.»

EL INQUILINO

Es el hombre que vive en la hacienda donde cultiva cierta porción de terreno que el patrón le cede y que se conoce con el nombre de «posesión». Allí construye su choza pajiza, el rancho, en donde se alberga toda la familia, en donde el inquilino guarda sus cosechas y sus provisiones. En el terreno comprendido dentro de su posesión, cerrado por una pobre «cerca» de ramas, hace su siembra. El inquilino, además, tiene derecho a mantener algunos animales en la hacienda.

El inquilino y su caballo.

Por lo general, el caballo completa al inquilino. En cierto modo los dos llegan a identificarse. El caballo es para el inquilino compañero inseparable: es su conductor, ayuda y refugio en todos sus apuros y lances peligrosos. La trilla y el rodeo, las dos faenas campesinas en que el inquilino hace alarde de actividad, vigor y destreza, no podrían explicarse sin este amigo del obrero de los fundos.

Con el caballo, algunos inquilinos suelen tener yuntas de bueyes. Lo corriente es que el patrón les preste estos animales para las siembras. Durante la parición del ganado

vacuno, el inquilino recibe una o más vacas paridas para «lecharlas», expresión que significa no el ordeñamiento de la vaca sino el goce de su leche.

Patrón e inquilino se benefician: el patrón consigue que la vaca se domestique o amanse y el inquilino una ración más de alimento.

Cariño del inquilino a su posesión y a la hacienda.

El inquilino ama entrañablemente su posesión. El rancho construido muchas veces por sus propias manos; la tierra desmontada y labrada a costa de su sudor; los árboles, la parra, el peral y la higuera, nacidos, crecidos y que han fructificado mediante sus cuidados; las ovejas o las cabras que diariamente siente balar alrededor de su choza. Todo esto es objeto del cariño del inquilino y de sus vinculaciones al pedazo de tierra donde vive. Sufre cuando debe abandonar la posesión y siente la amargura del proscrito cuando lejos de la hacienda recuerda su choza y su huerto.

El inquilino ama también la hacienda a que pertenece. Si se ha criado en ella la mira como su patria y la llama su tierra. Las demás haciendas son para él, *tierra extraña* y sus moradores, *gente forastera*. Los campos de su fundo son en su concepto, los mejores del mundo. Si compara las producciones de ella con las de las comarcas vecinas, siempre serán mejores las de su hacienda. En ninguna parte se produce el trigo tan abundante, ni las papas tan hermosas, ni el maíz tan granado. Ninguna otra hacienda tiene ganado tan lozano y tan bonito, ni toros tan bravos.

Patria y vinculaciones sociales del inquilino.

Si damos al amor patrio un sentido restringido afectivo, de sentimientos e intereses, diciendo que es la inclinación que tiene el hombre a la tierra en que ha nacido y la sociedad en que se ha criado y donde existen sus relaciones de familia, de amistad y de comercio, el inquilino encuentra en su hacienda todos estos sentimientos, concentra en ella todo su amor patrio.

En la hacienda tiene también sus vinculaciones sociales. No hay fundo que no tenga familias antiguas de inquilinos, las que conservan recuerdos y tradiciones de sus antepasados.

Son familias que se apellidan los Ponce, Montesinos, Zúñiga, Rojas, Poblete y otros.

On Panta y las tradiciones de los inquilinos.

Cada familia tiene ordinariamente su pequeño héroe que se ha distinguido por alguna cualidad de aquellas que son más conocidas para el huaso.

La memoria de un leonero célebre, por ejemplo, se perpetúa entre sus parientes y entre todos los habitantes de la hacienda. Su destreza y constancia en perseguir a la fiera, la agudeza con que buscaba sus rastros y descubría sus guaridas y el denuedo y energía con que la atacaba y aprisionaba. Todo eso y hasta los nombres de los perros que le ayudaban en sus empresas, se transmite de padres a hijos y es la materia que los viejos refieren a los jóvenes en las veladas dentro de la choza alrededor de una fogata. Un «lacero» insigne, un domador de potros, un vadeador de ríos son hombres que pertenecen a la historia de la hacienda.

Brillante confirmación de estas tradiciones inquilinas es *On Panta*, obra recién publicada de Mariano Latorre. Oigamos a don Pantaleón Letelier, a *on Panta* como lo llamaban con sorna campechana camaradas y amigos de este ejemplar de los campos. «Yo dende chico he trajinao estos cerros, porque el finao mi paire me echaba con cabras pa Peñalquín donde susiste una lionera, una cuevaza negra que no se le conoce fin. Ei si'han visto rastros. L'uña patente, en el barrito de la entrada. No'he visto al líon pero es lo mismo que si l'hubiera visto, de tanto que le oí a mi abuelo, *cosas de liones.*»

Y para hacer más verídica su historia, *on Panta* lleva a sus amigos a ver un puma disecado que el viejo guarda en un cuarto desnudo. «Este líon lo trajo mi abuelo p'al fundó y un inquilino qu'era muy curioso lo rellenó. Nu'ha perdió pelo.»

El león de *on Panta* escapado de su fantasía como de una caverna obscura, es un caso curioso. Los cuentos y aventuras tradicionales que se narran los inquilinos en las noches campesinas, pueden producir exaltaciones de la imaginación. El autor de *On Panta* ha presentado en el viejo cazador de leones un caso interesante para el estudio de psicoanálisis.

El inquilino tiene en la hacienda todo el mundo de sus afectos; padres, hermanos, parientes y amigos, en ella existen

sus compadres, padrinos y ahijados, deudos espirituales a quienes no olvida jamás y que con frecuencia recuerda en las conversaciones.

Conocimientos del inquilino.

Están reducidos a las tradiciones, a la tierra que habita y a las vecinas. El huaso sabe que hay ingleses, franceses y españoles o porque los ha visto o porque los ha oído nombrar, pero no sabe donde está Inglaterra, Francia y España. Hay inquilinos que ignoran hasta el nombre de la provincia en que está ubicada la hacienda. Hombres que no conocen más mundo que el que está a su alrededor y cuya imaginación no ha recorrido otros lugares que los que están sujetos a la percepción inmediata de los sentidos, tienen naturalmente concentrados sus afectos en ese pequeño mundo que ellos conocen.

De los asuntos generales del país apenas tiene noticias. *Todo Chile es para él, Santiago.* ¡Y en esto piensa y dice una gran verdad!

La hacienda es para el inquilino una especie de persona jurídica. Es el fisco de su pequeña patria. Raras veces dice: este buey o este caballo es del patrón, sino de la hacienda.

Siendo el mundo del inquilino tan pequeño, lo conoce todo, de punta a cabo. Es «baqueano» del lugar.

Manejo del lazo.

Cualidad sobresaliente del campesino chileno es la destreza en el manejo del lazo. La necesidad que tiene de sujetar una vaca, un caballo u otro animal que trata de escaparse, ha creado en él la pericia del lazo. Este es una lonja de cuero de buey, sobada y retorcida que el huaso la lleva guardada en forma de rollo y pendiente del arzón trasero de su «enjalma». Si un toro se escabulle y mezcla entre los demás animales, el lacero o laceador lo separa mediante las ligaduras que le ha puesto entre los cuernos con su lazo. A un animal que corre a escape el huaso «le echa el peal». Lo enlaza de las dos patas.

El inquilino es casero.

Sale poco de la hacienda. Cuando la necesidad lo obliga, va a la ciudad en donde anda desorientado «como pollo en corral ajeno», según su gráfica expresión favorita.

Las calles le parecen estrechas; la bulla y el tráfico de los autos y otros medios de locomoción, lo atolondran. El encogimiento se revela en su cara, en su porte y en sus acciones. El hombre bien vestido de la ciudad a quien él llama «caballero» le infunde respeto.

El inquilino o el huaso fuera de la hacienda es como esas plantas que arrancadas del lugar en que han crecido, se marchitan y apestan; vueltas a su suelo, reverdecen y cobran lozanía.

La mujer del huaso.

Es más huasa que él. Esto se debe a la falta de educación y al retraimiento absoluto en que vive. Es muy amiga de los colores fuertes en sus trajes. Por lo general es tosca. Las hay muy hermosas, verdaderas flores de campo capaces de eclipsar a las mujeres de la ciudad. Se ocupa en las tareas de la casa, cultiva el huerto de la posesión y ordeña las vacas.

El perro campesino.

En ninguna casa de inquilino falta el perro. Es el criado de la casa, el compañero del inquilino, el amigo de los niños y el que posee todos los secretos domésticos. Una habitación de inquilinos donde no se viera un perro sería una chocante anomalía. Es el guardián y el heraldo del hogar. Sus ladridos son un aviso, una voz de alarma para el amo. En el aislamiento en que viven los campesinos les interesa saber anticipadamente si alguien se acerca a sus habitaciones; el perro presta ese servicio. Las gallinas y otras aves que regularmente cría el campesino y que duermen sobre el techo del rancho o en las ramas de un árbol vecino, serían víctimas de los ladrones si no las defendiera el perro.

A los vaqueros les presta el perro un servicio especial. En la mayor parte de las haciendas el ganado es montaraz y bravo y no sería tal vez posible hacerlo salir de las quebradas

y espesuras donde se mete, si los perros, azuzados por los vaqueros no lo obligaran a ello con sus ladridos y tarascadas.

El historiador Gay, que se ocupa aún de este animal, dice que el perro del campo, que anda siempre muerto de hambre, ha degenerado por esta causa y perdido parte de sus buenas cualidades. Es inclinado al robo y su vida mísera y de privaciones continuas lo ha puesto más arisco que los perros comunes y lo ha hecho perder la familiaridad.

Las casas.

Las casas de la hacienda son como la residencia del gobierno considerando el fundo, como se dijo antes, la patria del inquilino. Allí está el patrón y de ahí parten las medidas y órdenes administrativas. El capataz, el mayordomo van a dar cuenta al patrón de la marcha del trabajo y de otros asuntos similares.

En cuanto a la arquitectura de las casas, el gusto moderno va desterrando las antiguas y típicas casas de fundos, amplias, sencillas y sólidas, verdaderos monumentos de siglos pasados, casas que recordaban la sencillez y vida patriarcal de Chile antiguo.

Forman contraste con las casas de los patrones las de los inquilinos, si casas pueden llamarse. Son propiamente chozas. Ultimamente con la nueva legislación social, se ha modificado la vivienda en sentido higiénico y comfortable.

Las paredes de los antiguos ranchos se componían de troncos de árboles soterrados y de un tejido de varillas llamado *quincha*: todo esto estaba cubierto de una capa de barro tosco. El techo era de totora, lata o zinc. El pavimento, la tierra desnuda.

Menaje del campesino.

Una mesita mal labrada que le sirve de comedor. Cuatro o seis *silletas* de paja; los catres, la montura del dueño de casa, utensilios de barro cocido y estampas de santos colgadas en la cabecera de la cama.

Alimento.

El alimento ordinario del inquilino y su familia lo forman: los porotos, las papas, zapallo, trigo triturado llamado *frangollo*, el mote o trigo cocido en agua caliente y pelado con *legía*, charqui y chuchoca.

El *ulpo*, mazamorra de harina tostada y agua caliente, es alimento común de la gente del campo.

El bodegón o despacho.

Es un almacén con surtido abundante de artículos de consumo y de tienda. Es una especie de Arca de Noé, porque allí encuentra el inquilino todo lo que pueda necesitar.

Antiguamente ocupaban los escaparates del despacho panzas de grasa, líos de charqui, velas de sebo, arrollado de chanco bien cargado de ají. Chicha, aguardiente y vinazo entre los licores. Entre los útiles de casa: tijeras, dedales, agujas, navajas, etc. El bodegón vendría a ser hoy una combinación rara de una tienda de turco con una picantería de arrabal. Cerca del despacho hay una «vara» para las topeaduras y una ramada a cuya sombra se acogen las bestias ensilladas de los huasos que bajan a beber o a *emplear*. Un patio amplio o cancha de juego que sirve según el huaso de *llamadero de gente* recibe a toda la clientela. Ahí se concentran las novedades, la charla, los pelambres y la venta de empanadas. El antiguo bodegón casi ha desaparecido suplantado por las «pulperías», las que no han podido sostenerse por ser verdaderos negocios explotadores del salario obrero.

Origen de la hacienda en Chile.

Conquistado nuestro territorio, fué considerado como una propiedad del monarca español, quien por medio de sus representantes lo repartía entre aquellos de sus vasallos que habían cooperado a la conquista de la naciente Colonia. Los gobernadores peninsulares otorgaban con la más amplia liberalidad *mercedes de tierras*, como hoy se otorgan las mercedes de minas. Como la tierra de que podían disponer era inmensa y los colonos pocos, resultaba que cada agraciado obtenía una porción más que suficiente para satisfacer plenamente su codicia. El territorio de Chile se vió de este modo repartido entre unos

cuantos propietarios que comenzaron a ser ni más ni menos que los señores feudales del país y cuyos súbditos no podían ser otros que los indios conquistados. Las haciendas primitivas fueron campos vastísimos, regiones que abarcaban serranías completamente incultas y abiertas por todas partes. Andando el tiempo se fueron dividiendo o por sucesión hereditaria o por ventas parciales. Aun cuando las haciendas actuales son bastante más inferiores en extensión que las primitivas, sin embargo, algunas conservan dimensiones sencillamente provocadoras para estos tiempos de arduos problemas sociales. Hay haciendas que se extienden de mar a cordillera, tan grandes que sus dueños no alcanzan a recorrerlas durante el año. Son fundos capaces de radicar a un pueblo por su inmensa extensión.

Desde que se agotaron los lavaderos, a fines del siglo XVI, dice Keller, el español se vió obligado a dedicarse casi exclusivamente a la agricultura. En aquel tiempo se formaron las grandes haciendas en el país y el indio fué convertido en inquilino. Eso significa que se le obligó a abandonar sus antiguas rancherías, para radicarse en las haciendas, donde recibía un pedazo de tierra para su alimentación, viéndose obligado a dedicarle el resto del tiempo a los trabajos de la hacienda.

Origen del inquilinaje.

Amunátegui Solar en *Historia Social de Chile* dice que libertados de las cadenas de la encomienda, los naturales o mestizos se encontraron de repente en un gran desamparo. Sin ningún espíritu previsor, carecían de economías; el hábito inveterado, por otra parte, les había hecho encariñarse con el rancho y con el fundo donde se habían criado. Prefirieron, en consecuencia, continuar sirviendo a sus antiguos amos antes que lanzarse a lo desconocido.

Han sido cualidades tradicionales de nuestros inquilinos la sumisión y la falta de voluntad propia por el temor de ser despedido del fundo. En tiempo de elecciones políticas no es el campesino el que vota, sino el patrón. Además son respetuosos, sobrios, faltos de iniciativas y hospitalarios.

Una verdad dolorosa.

Es un hecho indiscutible que *la tierra en Chile está mal repartida*. Chile es de un grupo de cuatro señores de rancios abolengos que trabajan rutinariamente sus haciendas y se sirven de ellas con un criterio absolutamente egoísta como ser: la hacienda, lugar de veraneo para la familia; es de tono social tener un fundo, el que también sirve para proporcionar las entradas que costearán los viajes de recreo por Europa. El hacendado típico chileno ha visto en la agricultura el medio de lucrar y satisfacer sus vanidades sea fuera o dentro del país. Ha sido una máquina de exprimir. Por eso el campesino ha permanecido en condiciones deplorables de ignorancia y miseria. Salvo contadas excepciones, el inquilino fué durante mucho tiempo inescrupulosamente explotado. Vegetaron en un régimen feudal.

En la obra *La Eterna Crisis Chilena*, de Carlos Keller, se dice:

«En la Colonia se formaron las dos grandes clases sociales que separan hasta hoy día a la sociedad chilena: los latifundistas y los campesinos, incluyendo en esta última a los inquilinos (radicados en las haciendas) y los peones, obreros libres.

«El poder de la sociedad se encontraba en manos de los latifundistas. El campesino llevaba una vida rudimentaria, sin ninguna aspiración superior, dedicado exclusivamente a producir lo necesario para su alimentación y demás necesidades materiales. Vivía adscripto a la gleba, es decir, sólo rara vez cambiaba de patrón. No tenía aspiraciones de ninguna especie. Sumiso y obediente, se contentaba con un estándar de vida de lo más elemental y constituía la base sociológica en que descansaba el poder de los latifundistas.

«En un principio, las relaciones entre los propietarios y los campesinos habían sido de fuerza. El conquistador impelía al indio al trabajo por medio de las armas y lo explotaba sin ninguna misericordia. En el curso de los siglos, estas relaciones se humanizaron, y a fines de la Colonia imperaba un sistema patriarcal. El indio y mestizo habían aprendido a obedecer y a trabajar sin resistencia, y el amo los trataba con cierta bene-

volencia, evolución que fué favorecida por las relaciones sexuales entre el amo español y la india y su fruto ilegal: el mestizo.

A fines de la Colonia predominaba absolutamente el ambiente agrícola en nuestro país. El 80% de la población vivía en el campo. Santiago no contaba mucho más de 30.000 habitantes, y ninguna de las demás aldeas que había, muy poco numerosas, tenía más de 5.000 habitantes, presentando un carácter absolutamente rústico.

La lucha por la independencia fué la guerra de los latifundistas contra el poder español, que no favorecía en la debida forma sus intereses. Le entregó el mando político a aquella clase que socialmente ya reunía todo el poder en sus manos.

La historia de los dos primeros decenios que siguen a la emancipación de España se caracterizó por una ausencia bien marcada de toda ideología, pues en el fondo era la lucha entre las grandes familias latifundistas por el poder dentro del Estado. Los bandos políticos — pelucónes y pipiolos — eran meros pretextos para atraer secuaces y obtener simpatías.

La política era una especie de deporte de la oligarquía. Algo así como las carreras de caballos y la vida social de los clubs. Daba realce a la posición social. Las elecciones eran preparadas y realizadas por los latifundistas. En realidad, no se emitían votos individuales, sino que se votaba por haciendas. El poder de los caudillos dependía del número de inquilinos que tenían. Los partidos eran alianzas entre los hacendados. Una combinación política favorable podía conceder beneficios a ciertas familias.

De todo esto se ha conservado mucho hasta nuestros días.

EL HUASO

Si quisiéramos definir al huaso tendríamos que decir: *es el inquilino jinete*. En la extensa caracterización anterior del inquilino, dijimos que había algunos que en cierto modo estaban identificados con su caballo. Eran los huasos. Es tan característica la cualidad de ser buen jinete que el huaso parece formar parte del caballo que monta. El huaso chileno es una prolongación del jinete araucano. Leyendo la traducción de don Ricardo E. Latcham sobre *Los Araucanos* de Smith puede verse la semejanza que hay entre los jinetes indios y nuestros huasos. El tipo puro y original del huaso se encuen-

tra en las haciendas apartadas de las poblaciones. El huaso de fundo vecino a las ciudades es ya un tipo de huaso en evolución.

Algunas de sus características.

Hablando Mariano Latorre de la psicología comparada entre el huaso chileno y el gaucho, en su cátedra de Literatura en el Instituto Pedagógico, decía: nuestro huaso es *desconfiado* porque la configuración dispareja de nuestra tierra se lo exige. En cada vuelta del camino cree ver una sorpresa y entonces despierta en el huaso *el zorro astuto que todos los chilenos llevamos escondido en nuestra animalidad como en una cueva abandonada.*

En cambio, el gaucho acostumbrado a las pampas sin accidentes, parejas, camina confiado en su animal dejándolo a rienda suelta.

Siendo el caballo parte integral del huaso, el elemento que le permite desarrollar su personalidad, en él concentra por decirlo así, todo su amor propio no encontrando caballo superior al animal chileno.

Con viveza dramática describe Mariano Latorre un diálogo entre un viejo gaucho y On Chipó, huaso chileno, discutiendo la supremacía de los respectivos caballos. «Tiesón es el caballo gaucho, decía el argentino, pero fuerte e galopao; el caballo de Chile s'espanta hasta e los pájaros y anda con la cabeza que parece loco». Sin titubear respondió On Chipó: «Más vale una buená rienda qui'un hocico duro como pieira. Por sujetar un mancarrón chey, hay que comenzar a pensar desde cinco leguas. . . . ailante. «La disputa de las excelencias de los respectivos «pingos» terminó en un desafío de carrera hípica que costó la vida de On Chipó.

En el capítulo «Huasos en 1829» de la obra *Imágenes de Chile*, se lee: «Los huasos son de constitución fuerte. Aunque reacios a todo trabajo pesado, son sumamente activos, especialmente en sus diversiones campestres y capaces de gran esfuerzo si es necesario. Son también supersticiosos. A los huasos les gusta mucho frecuentar las *chinganas* o casas de baile, en las que, de ordinario, se exaltan de tal modo con el aguardiente, el vino o la chicha que de seguro se originan riñas y desórdenes.»

«Es el huaso chileno, dijo el ex-Presidente de Colombia,

don Rafael Reyes, un hermoso tipo humano: rudo y fuerte como sus montañas, franco, leal y valeroso, es capaz de sacrificarse por su amo, si este le trata con cariño; es muy hospitalario, tiene lo mismo que el chileno de las elevadas clases sociales, un amor tan intenso por la patria que lo hace estar siempre pronto a sacrificarse por ella. Su hospitalidad es patriarcal.»

De la nobleza de alma del huaso nos habla Latorre en «Un hombre», cuento inserto en la novelita corta *Ully*. Ambrosio Muñoz es un símbolo de la hidalguía del viejo huaso de los tiempos coloniales. De alta figura enjuta como tallada en viejas maderas, de nariz aguileña de conquistador, aplastada en las ventanillas; su barba negra, un trozo desproporcionado de carbón que se encrespaba hasta el nacimiento del grueso cuello; sus ojos oscuros, de una mansa humedad de buey, tenían una chispa bondadosa. Parecía uno de los antiguos descendientes de los antiguos hidalgos españoles, de los tercios que hicieron la conquista de Chile.

Despedido un gaucho del trabajo por su perenne flojear y amenazando al patrón de Muñoz, éste aparece espontáneamente a defender al amo. «Me vine a dormir aquí, delante de su casa *por si acaso*. . . .»

Indumentaria y arreos.

El huaso viste una especie de chaqueta corta, ajustada al cuerpo: pantalones aborlonados o de un género resistente, a veces reforzados en las asentaderas con trozos de piel. En vez de suspensores o correa, usa una faja o banda ancha que se enrolla en la cintura. La faja es de color chillón, con flecos en los extremos. Le sirve al huaso como estuche o nécessaire. Ahí guarda «el portamoneda», la tabaquera, fósforos, etc. Cubre las piernas con polainas de cuero que le llegan hasta la mitad del muslo. Un huaso sin espuelas es inconcebible. El mayor orgullo de un jinete chileno es tener de plata las espuelas, los estribos y los adornos de las riendas. Mientras más grandes, más características son las rodajas. El huaso se siente muy complacido con el sonido agudo que producen al andar. Hay dos tipos de monturas propias del huaso; *la cuadrina* y *la enjalma*. Las recargan tanto de «caronas» y «blanduras» que un caballo ensillado parece una carga de cueros y lana. Llevan siempre un lazo amarrado a la silla.

Tampoco se concibe un huaso sin *poncho*. Este es un pedazo de paño o piel cuadrado, con una abertura en el centro. Suele tener los colores más pintorescos.

El huaso, como se dijo al hablar del roto histórico, ha tenido una actuación histórica gloriosa.

En la batalla de Maipú, en que se decidió la suerte de los españoles en Chile por la derrota del Presidente Osorio, se reunieron los huasos de las vecindades de Quillota, Rancagua y Aconcagua en grandes partidas irregulares y contribuyeron no poco al triunfo de los patriotas, sin más armas que sus lazos y cuchillos.

EL MINERO

Como tipo étnico ya se habló del minero al hablar del roto. Minero es tanto el propietario de una mina como el obrero, el trabajador de ella. Uno y otro viven de esa cualidad tan característica de los mineros, la ilusión eterna de que alcanzarán la fortuna deseada. El minero como elemento de trabajo es absolutamente diferente de los otros tipos de trabajadores. Al minero sólo le rodean tinieblas, dice *Jotabeche*. En efecto, nebuloso es el porvenir y aun las condiciones mismas del trabajo. El marino tiene al menos una tabla de esperanza en el naufragio: el minero si llega a desviar el pie del sendero que le guía, está tan perdido que ni siquiera tiene lugar de divisar la muerte que le sorprende en el acto de dar la prueba más vigorosa de su existencia.

A la vista de un hombre medio desnudo que aparece en su boca mina, cargando a la espalda ocho, diez y doce arrobas de piedra, después de subir con tan enorme peso por una larga sucesión de galerías, de piques y de frontones, al oír el alarido penoso que lanza cuando llega a respirar el aire libre nos figuramos, dice *Jotabeche*, que el minero pertenece a una raza más maldita que la del hombre, nos parece un habitante que sale de otro mundo menos feliz que el nuestro y que el suspiro tan profundo que arroja al hallarse entre nosotros es una reconvención amarga dirigida al cielo por haberlo excluído de la especie humana.

Características del minero.

La primera de todas es su imaginación exaltada, o mejor dicho, el espíritu iluso de llegar a ser pronto muy rico por el «buen alcance» de la mina, tras la cual marchan sus dueños con la misma tenacidad, maña, paciencia y artificios que el galán tras el corazón de una amada desdeñosa. La esperanza es la virtud constante del minero como ella es también la del jugador. De cien casos sólo dos serán afortunadas en cuestión de minas. Lo corriente es que sean esquivas. El minero gasta lo que no tiene en trabajarlas. Empeña, pide préstamos, forma sociedades, vende «barras», agota los medios de adquirir dinero para eplotar la mina, la que por una ironía de la vida sale explotando a su dueño.

Este espíritu visionario del minero se ve acrecentado por los originales descubrimientos que han tenido minas famosas. Supersticiosos, los mineros creen que cada tesoro escondido en la tierra tiene su dueño que es un genio que lo defiende, vigila y esconde. Sucede, de tarde en tarde, que uno de estos genios quiere hacer la felicidad de un leñador y al arrancar en el cerro la leña que han de cargar sus borricos, le descubre una veta de oro o de plata maciza. En otra ocasión, un pastor que ha salido a buscar una cabra perdida, recorre de madrugada los peñascos, quebradas y barrancos; en esta andanzas se clava el pie con una espina y el dolor le hace sentarse para arrancarla. Cuando está en esto, pasa un zorro a quien trata de apedrearlo y ve con sorpresa que la piedra que tiene en su mano es muy pesada y nada menos que un rodado de plata pura. Y así siguen las historias colindantes con las fábulas o leyendas. El minero se apoya en estos antecedentes para asegurar sus ilusiones.

En cada chileno, dice Sepúlveda Leyton en *La Fábrica*, hay un poeta de las minas. Sólo que el pueblo forja cuentos de hadas, y cree en fabulosos entierros. . . .

En *Llampo brujo* de Sady Zañartu, se relata la historia novelesca del derrotero de Los Aragoneses. Unos viajeros de Tucumán llegaron a Chile trayendo el manuscrito del derrotero. Las primeras tentativas resultaron estériles. Sólo hallaban en vez de bolones de plata, yacimientos de galena o de lajas pizarrosas.

Sin embargo, no faltaron algunos mineros que insistieran y asegurasen que la riqueza debía encontrarse más hacia el

territorio argentino. Iba la tropa aventurera abriendo el paso virgen de una quebrada cuando sintió venirse encima un temporal. Los mineros encendieron una fogata para pasar la noche recostados al calor de su lumbre. Al día siguiente, al revolver el fuego, los ojos atónitos de los viajeros vieron que las piedras acumuladas a su alrededor, estaban fundidas en pura plata.

En la novela antes citada, Vicente Peñalver, oriundo de Copiapó, la tierra clásica de las ilusiones, como dice Pérez Rosales, es el tipo del minero que nunca logra lo que sueña y vive creyendo que las minas son «chilecitos», es decir, villorrios de ilusiones metálicas. El cateador Lazo encarna al tipo del minero iluso que cree encontrar a no más de dos metros de profundidad la veta de metal rico. El taita Berna, un anciano cuyas barbas como un río patriarcal corrían por la manta de vicuña, representa al oráculo de los mineros.

Los arrieros perdidos hallaban en el viejo un guía que les señalaba los caminos del despoblado; los buscadores de derroteros, un padre que los volvía al mundo de la realidad; los muertos, una mano piadosa que los sepultara librándolos de los buitres.

El roto minero es un dilapidador. Se refiere el caso de un joven minero de La Ligua que al comprar un par de zapatos nuevos metió las ojotas viejas en la quinchita del bodegón diciendo: *Por si acaso*. A los dos días regresando del pueblo camino del cerro, sin onzas, sin camisa y sin zapatos, sacó las viejas ojotas que su previsión había guardado con un «*por si acaso.....*».

El minero, además de las características indicadas, es supersticioso y aventurero de oficio.

Keller en *La eterna crisis chilena* enumera las siguientes características psíquico - sociales del verdadero minero: falta de escrúpulos en sus procedimientos, avidez insaciable, brutalidad en el tratamiento de los prójimos, a veces rasgos de generosidad irreflexiva, espíritu de derroche inmoderado, falta del sentido de las proporciones.

LOS TIPOS CHILENOS EN LA NOVELA Y EN EL CUENTO NACIONAL

EL PUEBLO

Diversos tipos característicos.

Don Leiva, el protagonista del cuento «El bonete maullino», que figura en *Hombres del Sur*, de Manuel Rojas, representa al hombre del pueblo chascarrero y expansivo, buscado y estimado de la gente por su buen humor. Generoso en sentimientos y en obras como lo comprueba el caso de no haber querido Don Leiva, perseguido por la policía, esconderse en la casa del despachero para no perjudicarlo. Gracioso, pero con esa gracia picante, mezcla de malicia e ironía rústica que es característica en la gente del pueblo. Fácil en la juventud al abandono del trabajo para condescender con los amigos de jolgorio. Reflexivo en la madurez, se contrae al trabajo y abandona las juergas nocturnas, las cuecas picantes y la alegría picaresca de sus tiempos mozos.

De ambiciones tardías para esclarecer el oscuro porvenir de su hogar, sale a aventurar con riesgo de su vida encargando la suerte de los suyos al único seguro de vida de que podía disponer, la piedad de sus amigos. Decidido y valiente hasta la temeridad, no retrocede ante peligros ni amenazas. Con fortuna es dilapidador. Crédulo en supercherías y embrujamientos; hospitalario y afectivo. Laguna es otro tipo de obrero; comunicativo, anecdótico y de un fuerte sentido de fatalidad. «Yo soy un roto muy fatal», era su expresión favorita.

En *Leyendas de la Patagonia*, cuento minero, figura Juan «El Puelche», minero copiapino, cateador de raza, aventurero afortunado, implacable hasta partir el vientre con el corvo chileno por defender su dinero. Solidario con el prójimo vejado lo defiende a bofetadas aun cuando sea contra los mismos guardianes. Esto es síntoma de sangre aborigen.

Juan era la astucia popular, el valor ingénito, espíritu hecho de truhanería, buen humor y desprecio por todo lo que no le interesaba. Don Juan muere en la cordillera, a donde había ido en busca de un derrotero de oro. El espejismo de la mina rica arrastra al chileno hasta el menosprecio de la vida.

Esta cualidad racial de nuestro pueblo se observa en el

cuento «El chiflón del Diablo» de la obra *Sub Terra* de Baldomero Lillo. Dos mineros barreteros, antes de quedar cesantes prefieren trabajar en una galería profunda de la mina. Ellos decían: entre morir de hambre o aplastado por un derrumbe era preferible lo último. Tenía la ventaja de la rapidez.

El sentido fatalista del pueblo creyendo que es inútil tratar de sustraerse al destino que cada cual tiene designado de antemano, lo personifica María de los Angeles, madre del «Cabeza de Cobre», minero barretero. En momentos de recogimiento, esta mujer pensaba, sin acertar a explicárselo, en el *por qué* de las odiosas desigualdades humanas que condenan a los pobres, al mayor número, a sudar sangre para sostener el fausto de la inútil existencia de unos pocos!

¡Y si sólo fueran las zozobras!

¡Cuántas veces la vida misma pasa a ser el precio del pan de cada día!

«El cabeza de Cobre» muere aplastado por un derrumbe como lo presentía María de los Angeles, hija y madre de mineros. Su marido y dos hijos muertos, unos tras otros, por los hundimientos y las explosiones del grisú, fueron el tributo que los suyos habían pagado a la insaciable avidez de la mina.

Vida mísera del obrero.

Poco Sueldo. En este cuento un electricista pide aumento de sueldo, pues los cien pesos mensuales que ganaba no eran suficientes para la manutención de la familia.

Le subieron el sueldo a \$ 150.00. Laureano González, el electricista, remuele cuatro días seguidos de puro gusto. Todo lo que adquiere se lo toma. Llegó a faltarle la ropa y no disponiendo más que de una sola muda, debía el electricista quedarse los sábados en casa para que le lavaran los chilpes. . . .

En «El pago» el hombre del pueblo está personificado en un minero buenísimo que trabaja en condiciones salvajes: llega a la casa y la mujer le tiene la noticia de que esa noche no habrá comida porque el despacho suspendió el crédito. El poco de café que había, quedaría para el día siguiente. El minero resignándose dijo: mañana es día de pago y con él se acabarán nuestras penas. Marido y mujer van al pago, no reciben nada y aun quedan debiendo.

Aquí puede verse el abuso de las pulperías que cobran precios exorbitantes exponiendo a los obreros a jornal a las contingencias del hambre y de la miseria.

El carácter sufrido del pueblo ante un patrón extranjero, duro e inflexible: su desprecio por la vida y generosidad de alma están reflejados en «El Grisú». Mr. Davis, tipo de gringo mandón, desconocía la piedad en el trato con los obreros y en su orgullo de raza consideraba la vida de éstos como una cosa indigna de un gentleman como él. Inspiraba a los mineros un temor y respeto casi supersticiosos. La más tímida protesta de esos pobres diablos le indignaba como una rebelión: la pasividad de bestias le parecía un deber cuyo olvido debía castigarse severamente. Despidió por su humor endiablado a un muchacho que era el sostén de su madre viuda y de sus hermanos.

En otra ocasión, un grupo de obreros se acerca al ingeniero pidiéndole aumento de sueldo. «Sois unos insolentes, gritó con voz rebosante de ira, unos imbéciles que creen que voy a derrochar los dineros de la Compañía en fomentar la pereza de un hato de holgazanes que en vez de trabajar se echan a dormir como cerdos por los rincones de las galerías.» Era tal el temor que les inspiraba la figura irritada del amo y tal el dominio que su autoridad todopoderosa ejercía en sus pobres espíritus envilecidos por tantos años de servidumbre que nadie hizo un ademán ni dejó escapar la menor protesta.

«Viento negro», apodo de un muchacho fuerte y viril, es maltratado como bestia por el capataz y el patrón. Obligado a un trabajo peligroso, el roce de los golpes de un combo dió un chispazo que produjo la inflamación del grisú, pereciendo muchos obreros y también el capataz e ingeniero. Al estallido de la explosión, acudieron los obreros, quiénes a pesar de la resistencia que se les oponía para que no fueran en busca de los obreros accidentados, por temor de una nueva desgracia, se internaron en la mina estimando cobardía abandonar a los compañeros. Encontraron los cadáveres de las víctimas, entre los que estaba el del ingeniero. Como las ropas convertidas en pavezás se deshacían al más ligero contacto, los obreros se despojaron de sus blusas y lo cubrieron piadosamente. *¡En sus rudas almas no había asomo de odio ni de rencor!*

¡Alma chilena!

Misera la vida de trabajo del obrero, también lo es su vivienda en conventillos más propios de bestias mansas que de seres humanos. El conventillo «Calzón roto», descrito por Víctor Domingo Silva en *Palomilla Brava*, es la habitación típica de los obreros de barrios bajos.

El conventillo húmedo, mal oliente, estrecho, de escasa o ninguna provisión de agua y primitivo servicio de desagüe, es una pequeña ciudad, dice Manuel Rojas en *El Delincuente*, donde hay personas de toda índole, oficio y condición, desde mendigos y ladrones hasta policías y gente ociosa que vive pegada a la vida agria del conventillo, como el luche y el cochayuyo a las rocas.

Para el autor de *Vidas Mínimas* el conventillo es un antro de mugre, miseria física y moral: refugio de la pobreza solenne y la mejor tribuna para predicar el comunismo.

La vida del conventillo es una vida casi salvaje. Sin un ideal, de lucha contra la miseria: escuela de horrores morales: pocilgas humanas forjadoras de crímenes. En medio de estas miserias suele haber gente honrada, digna de mejor suerte a quien la pobreza la ha recludo a ese lugar que es un infierno.

Mariano Latorre en *Ully* hablando sobre la vida del extranjero en Chile personificada en el alemán Germán Stolz establece una antítesis con la vida de nuestros nacionales pobres. Las casas de los colonos, dice, son limpias, frescas, blancas de luz: parecen bañarse gozosamente en aire puro y azul. No se ve por ninguna parte el harapo terroso de un rancho, con sus aleros apuntalados en retorcidos troncos.

En cambio, las casas de la tierra no respiran esa intimidad cariñosa de la gran chimenea de fierro. No es igual el vaso de leche azulado y tísico a la crema dorada que se espesa en la taza: ni es la misma aquella chiquitina de cabeza de oro, hinchada de vida, a la mujer flaca y mal humorada y junto a la cual tiene que arrastrar el pesado grillete de la existencia.

Falta a nuestro pueblo el sentido higiénico. Vive conforme en calles polvorientas en verano y cenagosas en invier-

no, cubiertas constantemente de harapos, desperdicios de comidas, chancletas y animales podridos. Hay alrededores de Santiago en que se confunde el basural de los chanchos con las pocilgas y casas de la gente pobre. Basta dar unos cuantos pasos fuera de las calles centrales de la capital para encontrarse en barrios horribles por la mugre y verdaderas madrigueras que representan casas.

La vivienda sucia del conventillo y la mugre moral de sus habitantes las han tratado Alberto Romero en *La Viuda del Conventillo* y González Vera en *Vidas Mínimas*. La viuda es Eufrasia Morales, una fritanguera, cuya vida pasa en el vicio con hombres crapulosos de los bajos fondos sociales. Le quedó de Fidel Astudillo una chica, flor de fango, que creció viendo las procacidades de su madre abyecta.

En *Vidas Mínimas*, Paula, mayordoma del conventillo, es una vieja aparatosa, autoritaria, amiga de saber vidas ajenas y supersticiosa. Personaje predominante de la novela es Margarita, muchacha hecha de retazos. No piensa, ni se inquieta por nada. Come, duerme y se acicala. Su ambición máxima es poder vestir trapos costosos. Nunca hay en ella una repercusión inteligente. Es una mujer de valor puramente externo.

Marta Brunet en *Montaña adentro*, y *Bestia dañina* observa al pueblo campesino. Segundo Seguel y Juan Osés, inquilinos sufridos para el trabajo y para soportar la tiranía de un mayordomo inclemente. Clara es el tipo de la mujer honrada que vela para que su hija Cata no caiga en la *fataliá* de madre soltera. No lo consigue y apesarada por la desgracia pasa los días acurrucada junto al brasero; insensible a todo. Cata dice; *hay que conformarse con el destino*. El nieto concilió a la madre con la hija. Juan Osés, quiere casarse con Cata pero muere asesinado por Pereira, padre de Aladino.

En *Bestia dañina* Meche personifica el odio contra la madrastra, aversión frecuente entre las familias de pobres.

La mama chilena.

Es la segunda madre de los ricos. Es en Chile lo que la nurse en Inglaterra o en otros países. Edwards Bello ensalza los méritos de la mama chilena en *Valparaíso, ciudad del vien-*

to. «En ella descubrí, dice, lo que encierra de distinguido y generoso el alma popular.»

Estas mujeres son, según expresión de Edwards Bello, la espina dorsal en las familias que las tienen a su servicio.

El pueblo en «Tierra de Pellines».

En «El Rodeo» se pone de manifiesto el arrojo y decisión del huaso chileno que se lanza al peligro sin vacilación, resignado a morir por defender su causa en querellas de amor.

En «La Picada» se ve al hombre sufrido que habiendo contraído «la picada» no tiene quien lo cuide. Sólo su perro fué el único amigo y miembro de familia.

«Doña María de los perros» es el tipo de la Celestina en el campo.

«La Riña de los Pretiles», que podría llamarse muy bien «Duelo Criollo», es un caso de belicosidad racial. Ernesto Aguilera y Juan Ponce se desafían a una reñida topeadura por celos. Ambos pretendían a la Menche. Hijos del campo y criados en él, eran robustos y sanos con ese vigor de árboles jóvenes, pletóricos de savia. Próximas las manos de Ernesto a mancharse con la roja marca del asesino, perdonaron y fueron ellas mismas las que mojaron en un charco próximo un jirón de trapo para mojar la cara del vencido. Lo contuvo en la pendiente del crimen el recuerdo de su madre que le había aconsejado: «No te acriminés nunca; nunca, Ernesto». Ernesto llegó al rancho y al ver a su viejita, su único y fiel cariño, acariciándola entre sollozos le decía bajito: «Maire, maire mía!»

La chiquillería pobre.

Aspecto simpático del tipo popular es la chiquillería pobre que constituye la novela picaresca nacional.

Esmeraldo en *El Roto* de Edwards Bello; Papelucho en *Palomilla Brava* de Víctor Domingo Silva; Juan de Dios (*Hijuna*) en la obra de este nombre de Sepúlveda Leyton y *Diablo Fuerte* héroe y nombre de la obra de Fernandois, encarnan la vida de abandono, de pellejerías, de golpes y sufrimientos que ya desde muchachos deben soportar los hombres del pueblo.

Haremos referencias sólo al primero de estos «pícaros»,

porque Esmeraldo es un niño bien chileno y símbolo de la chiquillería pobre. Creció en un ambiente de prostitución repugnante, familiarizándose con el vicio abyecto y el lenguaje de basural. A los tres años ya batía las manitas para lanzar palabrotas tremendas.

A los ocho años dominaba en la calle, merodeaba por los terrenos baldíos con pilluelos corridos, saltando por el basural. Las malezas de todos los instintos primitivos de una raza nueva crecían sin freno en él. Si ante su vista pasaba un auto, o una persona ataviada sentía que una fuerza le impelía a atacar; vibraba rebelándose contra la vida risueña que era como un reto a la inmundicia de su hogar. Desde chico le daban chicha y cerveza para que fuera acostumbrándose al *delirio nacional*. La madre de Esmeraldo, Clorinda, lo dejó crecer como una planta salvaje: su niñez fué incubada en las entrañas del libertinaje.

A Esmeraldo le tocó tener un padre tunante y jugador.

Por indicación de «el Pata de Jaiva», para salvar a un amigo llegó Esmeraldo a declarar que él había sido el asesino de X. ¡Estupenda y generosa alma de un rotito!

NO CAMARA, SIMBOLO DEL PUEBLO CHILENO

Este intrépido hijo del pueblo fué el fruto de un desliz de ña Peta, sirviente que había crecido en la familia de don Alejandro Malsira.

A los catorce años, este rotito con los instintos nómades de la raza, andaba de pueblo en pueblo, con independencia de potrillo chúcaro, según la comparación de prima Catita y prima Cleta, rodando tierras, como él decía, trabajando si le faltaba con qué comer, pero con más frecuencia jugando a las *chapitas*, con vagos y rateros, en los callejones apartados de los pueblos que recorría.

Las chapitas como todo juego de azar, daban ocasión a frecuentes riñas entre la gente del pueblo.

En ellas había ejercitado Cámara su natural belicoso.

Esa mezcla de conquistador hispano - arábigo, dice Blest Gana, y de araucano que ha formado el roto chileno, el más indómito de los hijos de la «virgen América», cantada por el poeta, tiene el vértigo de la sangre; un placer endemoniado

que total y felizmente ignora la clase culta que puebla la tierra conquistada por Valdivia.

Cámara, hijo de un español plebeyo que le había legado su singular apellido, y de una huasa cuarterona de araucano, había sentido desde su primera reyerta seria, jugando a cara o cruz, un encanto fascinador al dar su primera puñalada. Sin ser ingénitamente malo, con grandes dotes de corazón, siendo capaz de nobles arranques de abnegación y de cariño, le gustaba la sangre. La revolución lo encontró así preparado para empuñar el fusil y lanzarse a la contienda. Alistado como voluntario en el ejército que marchó al Sur a detener la invasión de Pareja, fué distinguido desde los primeros combates por el capitán Robles, de cuya compañía formaba parte. Su arrojo temerario y su carácter festivo le hicieron conquistarse la viva simpatía de aquel oficial fanático por la patria para quien el peligro tenía una irresistible fascinación.

Después de la sorpresa de Yervas Buenas, llegados los soldados al campamento de Carrera, éste se presentó al capitán Robles con su trofeo de dos fusiles y un soldado español que traía al *pegal* después de haberlo tomado a lazo en los últimos momentos del combate.

Cámara, risueño y chistoso en los más grandes peligros, temerario en el ataque y remiso al toque de retirada, era el ideal del combatiente. De humor e ingenio aun en los momentos más difíciles como se manifestó en la lucha cuerpo a cuerpo contra el soldado español Villalobos, agente de San Bruno, el traidor, en la posada de ño Neira; indiferente a las distinciones y elogios, como en aquella ocasión en que el Capitán Robles, en atención al comportamiento de buen chileno de ño Cámara por haber traído prisionero al soldado español enlazado al *pegal* de la montura, nombrándolo su asistente, Cámara impasible ante el anuncio del ascenso, pregunta; y ¿qué hago con este godó, mi Capitán?

Galante y ligero de sangre, como le decían las empleadas de la familia Malsira y sus preferidas Mañunga y Marica de Talagante.

Airada venganza de ño Cámara.

Los españoles exponen al público dos cadáveres de los patriotas traicionados por el cabo Villalobos en la matanza de la cárcel. Cámara echando la mano a la cintura donde

tenía como todo roto precavido, sujeto al ceñidor un cuchillo *belduque*, para comer sandía según su decir, llegó a confundirse también entre los espectadores aterrorizados. Cámara se quedó en contemplación delante de los cadáveres que tenían esta inscripción «Por conspiradores contra el Rey y perturbadores de la pública tranquilidad». Se fijó principalmente en el de don Alejandro Malsira. El patrón le había corregido varias veces y con rigor. Pero era justo. La justicia de parte de los patronos es el ideal del roto chileno. Con los ojos y el rostro contraídos, echó mano a la cintura y rompió a codazos la fila de los espectadores. Cuando se halló entre los primeros se lanzó con un salto de fiera sobre el centinela y le enterró el puñal en la espalda. El golpe fué feroz. Golpe de un brazo de 23 años, nervioso y avezado al manejo del arma popular.

Aun cuando le parecía que traicionaba la causa de la patria, él que se jactaba de ser «patriota como nadie»; patriota hasta la muerte, refrenando su instinto batallador para ser fiel a sus patronos se dispuso a salvar el Coronel Laramonte de la emboscada que le prepararon los godos por estimarlo simpatizante de la causa criolla, no ser tan cruel como San Bruno y sus esbirros.

De frente ante un centinela, con su carácter picaresco del roto, le dice Cámara: «envaina el chafalote y andá a platicar con la prenda que está ahí tan acurrucada» (un bulto, una forma de mujer que se tapaba la cara con el rebozo) y qué era nada menos que Marica, la amada de Cámara.

Mientras decía esto, Cámara se sacaba el poncho y se envolvía con él el brazo izquierdo y con la mano derecha sacaba el puñal del cinto. Barajando el golpe del sable del centinela, con la agilidad de un gimnasta, el rotito clavó el puñal en el pecho del guardia exclamando ¡un godo al infierno! No huyó. Arremetió con rabia al segundo centinela que trató de vengar al caído. Confundiéndolo con sus saltos, tumbándolos con sus burlas, después de sostenida lucha desplazó también al nuevo enemigo, increpándole de godo falso: «¿para eso te trajeron de Goda?»

¿Por qué ño Cámara simboliza al pueblo chileno?

Cabe preguntar ¿por qué en la novela histórica *Durante la Reconquista* que constituye la verdadera epopeya de la raza,

ño Cámara es el único de los personajes que no muere?

La respuesta la da don Carlos Vicuña Mackenna en su discurso inserto en el tomo 39, pág. 6, de la *Revista Chilena de Historia y Geografía*. Dice: «Después de haber escrito la *Reconquista* alguien hacía a Blest Gana el cargo de que ño Cámara no moría en la novela y el autor respondió: *Ño Cámara representa al pueblo chileno y el pueblo chileno no muere. Vive y vivirá siempre.*

TIPOS DE LA CLASE ALTA

Antes de entrar en el detalle de los tipos de esta clase social que tiende a desaparecer, anotaremos algunas apreciaciones acerca de la casta aristocrática, documentadas en escritores como Edwards Bello, Luis Orrego Luco, Alberto Edwards y Eugenio González.

Aún cuando en Chile se pasan hablando de aristocracia, de tal manera que parece esta manía un sexto sentido, sólo existe una *burguesía tremenda*.

Edwards Bello dice que aun los descendientes de nobles españoles se transforman en burgueses; carecen de la tolerancia y la comprensión de los verdaderos aristócratas. La prueba es que viven pendientes de no «ensiuticarse». Son muy cursis y adocenados. Tanto en la amistad como en sus diversiones se guían por imitación. Muchas de esas grandes damas santiaguinas han tenido antepasadas negreras como la Quintrala, por eso gastan bromas sanguinarias y tratan a la gente sin compasión.

Son asuntos de gran importancia para la alta sociedad: el dinero, la situación social, la vanidad y las apariencias.

Luis Orrego Luco estima la sociedad chilena compuesta de oligarquía mezclada con plutocracia, en la cual gobiernan unas cuantas familias de antiguo abolengo unidas a otras de gran fortuna, transmitiéndose de padres a hijos, junto con las haciendas, el espíritu de los antiguos encomenderos o señores de horca y cuchillo que dominaron al país durante la Conquista y la Colonia como señores soberanos.

Hay en esta sociedad *nulidades elegantes* que ocultan en los giros del baile todo el vacío de su existencia y de su persona. Esos tipos que andan a la pesca de dote son *aventureros de frac*.

Con la «encomienda», institución de carácter feudal, se dió a la familia chilena criolla base feudal y aristocrática, transmitida de generación en generación. Desaparecida esta institución se mantuvieron las antiguas familia en posesión de haciendas, vínculos y mayorazgos, transmitiendo a sus poseedores el hábito del mando aristocrático, el despotismo del propietario territorial hasta quien no alcanzaban ni la acción de las autoridades ni la justicia. El inquilino continuó reconociéndole como patrón o señor y tomó en su alma el pliegue de la servidumbre. Hay en las familias de sociedad un carácter despótico y altanero que trata a los demás como el encomendero a sus indios.

CONFORMACION DE LA ALTA SOCIEDAD

El viejo espíritu de la Colonia, todavía latente en la alta sociedad, arroja a los jóvenes casi enteramente desarmados en las corrientes de la vida. Llevan nombres cuyo prestigio y valor aristocrático se empeña en exagerarle su propia familia, enseñándoles a considerar como denigrantes casi todas las formas de la actividad humana como puede verse en *El Crisol* de Santiván.

Adriana dice: «Mi mamá no se opuso a mis trabajos mientras consideró mis aficiones como simples deseos vanidosos de poseer un nuevo adorno social, pero cuando supo la forma pública que se le iba a dar a mis cuadros de pintura, se opuso tenazmente por ser esto ridículo en familias de sociedad.»

¡Lo más grave del caso es que este temperamento absurdo es el criadero de tantos inadaptados sociales! Las carreras industriales no son de tono social para los jóvenes y familias de la aristocracia. Lo corriente es que vayan a la Universidad para que obtengan un diploma de abogado o doctor y con esto quedarán autorizados para lanzarse a la formación del hogar. Hay tipos que han cortado sus estudios por ser nulidades completas. Para casarse, la familia de la novia les exige un título profesional.

La niña vive del flirt, transforma el amor en sport, en cacería matrimonial en la cual sólo muestra los aspectos atractivos de su carácter, exhibiéndose a sus horas, como la actriz en escena, con gestos, actitudes, entonaciones artificiales de voz, no dando nunca una imagen sincera de sí misma.

En sociedad se disimulan constantemente los verdaderos sentimientos. En la representación de la comedia de buen tono lo principal es no dejar que nadie se entere del fondo efectivo.

Para Alberto Edwards la antigua clase dirigente es una mezcla de elementos burgueses y feudales de donde sacó sus cualidades y defectos. Hombres de trabajo y ricos desplazaron las antiguas familias de conquistadores y encomenderos que arruinados por el lujo y el ocio estaban en plena decadencia. Económica y socialmente llegó a dominar en el país una aristocracia mixta, burguesa por su formación, debida al triunfo del dinero. La desaparición de las viejas familias feudales colocó a los nuevos magnates en la cúspide de la escala social y esta circunstancia contribuyó a transformarlos en aristócratas de espíritu, empapados en sentimientos de superioridad jerárquica. Estos burgueses eran además dueños de la tierra y nada desarrolla mejor el espíritu feudal que la gran propiedad agrícola, sobre todo en países como Chile en que la tierra es propiedad, como se dijo antes, de cuatro señores.

La clase alta de Chile tenía y tiene hasta hoy gran orgullo por la pureza de su sangre europea. A pesar de todas las declamaciones epopéyicas y el enaltecimiento lírico del heroísmo de los indígenas, los chilenos se enorgullecen de su origen europeo y si pueden probar su alta alcurnia lo hacen con placer. Existe una marcada afición por los libros de heráldica española: se publican no pocas obras sobre orígenes de apellidos ibéricos. Aun entre gente humilde se advierte el deseo de parecer originarios de Europa. Cuando el tipo del autóctono está muy marcado, entonces aparentan desprecio por la casta superior. La clase alta chilena ha sido y continúa siendo hasta ahora completamente diferente en todo sentido de la inmensa mayoría que forma la clase baja.

En Chile se observa un fenómeno contrario al de Argentina con respecto al elemento extranjero en la alta clase social. En Argentina la inmigración se une al pueblo, produciendo la homogeneidad de democracia patente en las grandes ciudades argentinas.

Los comerciantes, industriales extranjeros escogidos, no inmigrantes que vienen a Chile cada año, ingresan en la casta directora contribuyendo a acentuar el discutido fenómeno de la heterogeneidad de la raza. Leyendo cualquier párrafo de vida social chilena hay sangre de Israel, Alemania, Francia,

Inglaterra y en gran número de las provincias vascongadas.

Para Eugenio González, como puede leerse en su última obra *Hombres*, la sociedad está formada por los descendientes de los comerciantes vascos de la Colonia que habían acaparado con mañas y tacañerías la riqueza del país. Esta aristocracia se negó a admitir en su seno a los chilenos emprendedores de la industria y el comercio y a los extranjeros afortunados que iban constituyendo el nervio de la burguesía plutocrática. No obstante, como ha sucedido en todas partes con las antiguas castas anacrónicas, terminó por asimilar a estos elementos que traían una pujanza nueva y la posibilidad de subsistir en medio de la marejada de los tiempos. De este número era Smith que figura en *Hombres*, extranjero, rico comerciante, poseedor de títulos salitreros, fundos en el Sur, acogido en los salones más aristocráticos y para hacer más sólida su situación, dice González, «cooperaba en diversas obras pías mantenidas por las señoras de Santiago».

TIPOS QUE CARACTERIZAN LA CLASE ALTA

En *Criollos en París* la madre de Pedro Plaza encarna a las madres que se dedican en cuerpo y alma a sus hijos: a esas señoras aristócratas que califican a las personas por los apellidos. «Quedan, decía, muy poco apellidos en el Congreso. Los nombres de los diputados recuerdan las listas de los peones del fundo».

Pedro, diplomático desplazado, dado a la vida de bohemia parisién y menospreciador de Chile y de su gente, simboliza a los chilenos que van a Europa con esta trilogía: club, queridas y cabaret.

La familia Sievers, tipo del orgullo fatuo que vive feliz reuniendo en su casa a los adinerados y poderosos y se esfuerza por casar en forma sonada a las hijas con príncipes o algo parecido. Fatuas hasta el ridículo; según las Sievers, toda chilena que llegaba a París olía mal.

Nada alababan de lo que provenía del terruño lontano. Los ojos grandes chilenos les parecían «cerotes de esperma». Amigas de decir y hacer bromas estúpidas, celebradas por los aduladores de la familia. Arribistas burlescas y crueles con el prójimo paciente. De esas que llaman «siúticos» a todos los que creen que no son de familia como ellas. Es característica

nacional, sobre todo muy marcada entre la gente de esta clase social, considerarse superior a todo el mundo.

Jorge Dueñas, muchacho insignificante, apocado y deprimido en Chile donde se le conocía bastante, en el extranjero se torna audaz y *estrellero*, como corrientemente se dice, y llega a dominar en círculos aristocráticos como uno de esos pastorcillos griegos que se hicieron dioses del Olimpo.

Las familias de apellidos sonoros suelen explotar para sus intereses la ingenuidad aun existente en el país de guardar reverencial acatamiento a los nacidos en alturas sociales. Tipos ineptos para el trabajo y la vida, recorren las ciudades estafando al público escudados en el parentesco con familias patricias.

Lucía es el tipo de la niña cohibida y tímida, producto de una falsa educación social, y que despierta a la vida mundana arrancándose como cualquier mujer del pueblo con un teniente de húsares. En la forma de una frágil niña se alaba, dice Edwards Bello, la dureza de costumbres del pasado.

Don Leonidas, en *Casa Grande* de Orrego Luco, representa al tipo característico de nuestra tierra chilena. Sin mayor cultura intelectual, perteneciente a una familia que había desempeñado puesto de honor durante la Colonia y en la patria vieja, tenía el orgullo feroz de los antiguos encomenderos y conquistadores españoles. Poseía inmensas extensiones de tierra en donde el inquilino era considerado como el siervo de la edad media y el patrón la autoridad soberana. Viajó por Europa y llegó al Parlamento estimando que la mejor política consistía en una adhesión constante al Gobierno.

Sin embargo, don Leonidas era un hombre de criterio social bastante atinado. Son interesantes sus apreciaciones sobre la psicología de la juventud elegante y estimada. Aconsejando a su hija Gabriela, don Leonidas dice: «Fuera de los jóvenes de baile y de sociedad, el resto no existe para Uds. Los empleados de tiendas a los ojos de Uds. son maniqués, no son hombres como no lo son los sirvientes, ni el mayordomo, ni los llaveros del fundo, ni el medio pelo. Todas desean que su novio sea de gran familia, rico y buen mozo, condiciones que hacen recordar las cualidades del buey Apis, entre los egipcios, con escarabajo en la lengua, en la frente, las patas blancas y los pelos de la cola, dobles.

«Las jóvenes de sociedad cotizan más las exterioridades que los valores positivos. Las seduce la elegancia del joven,

sus carruajes, etc. De las dos clases de tipos de jóvenes, unos considerados semidioses por haber nacido en cuna dorada aun cuando no sepan trabajar, y otros, meritorios por el talento y el trabajo, la sociedad acepta sólo a los bien nacidos, a los adinerados. Prefiere el sándalo perfumado de las cajas chinas de pañuelos, a la madera ruda de la que se fabrican luchadores.»

Magda es el tipo de la mujer frívola en sociedad. Divertirse, vestirse como figurín y llevar el cetro de la moda en círculos elegantes son sus aspiraciones. Eugenio González dice en *Hombres*, al referirse a la vida de las jóvenes de hoy: «Hacen visitas reguladas por carnet a las numerosas relaciones. Algunas obras de beneficencia para dignificar la ociosidad y fiestas con amigos y amigas cuya principal actividad intelectual es la confección de programas para pasar divertidamente los días y las noches.»

Angel era uno de los tipos más genuinos de un estado social enteramente chileno, hijo de su época y de su medio, heredero de las preocupaciones y del modo de ser, de una familia en la cual como en otras muchas, aun se conserva casi intacta el alma de la colonia, sus preocupaciones aristocráticas, su estiramiento, su antipatía por el esfuerzo del trabajo modesto y rudo. Esta sociedad respetuosa de sus tradiciones es la que se ha visto invadida por los ricos del salitre y minería.

Angel puede representar también el estado social de transición en Chile. Perteneciente a una familia ilustre, muy enorgullecida con su nombre y posición social, sus padres no se ocuparon en darle una educación práctica, adaptada a la lucha de la vida, sino convertirle en un caballero de paseo, adornado de exterioridades atrayentes.

En *La Hechizada* de Santiván, la tía Lolo, señora que conservaba de su antigua opulencia un nombre sonoro como vieja moneda castellana, representa la oposición frecuente entre las familias de sociedad a matrimonios con gente de menor rango social. Tía Lolo sabiendo el cariño que Baltasar tenía a Humilde, muchacha campesina, le advierte que ella perdona las locuras de la juventud porque estima que son válvulas de escape de la sangre moza, pero de lo que no puede hacerse desentendida es de los amores de diferente clase social. Ella cree que pasando los entusiasmos que ahora lo exaltan, abominará de los padres de Humilde, rudos e ignorantes y del medio en que viven.

Juana Lucero.

¿Por qué no decirlo? Esta novela de D'Halmar señala un mal social común a todas las clases sociales. Se trata del abuso que cometen algunos patrones con las jóvenes desamparadas. D'Halmar hace reflexionar a Misiá Pepa, esposa del viejo sádico Absalón y dice: «No es caso del otro mundo eso del amo y la doméstica, pues ya que las *chinas no tienen idea del honor*, justo es que sirvan de salvaguardia a los hombres útiles de la sociedad que no buscarán así otras entretenciones perjudiciales para su salud.»

Alfredo, hijo de Misiá Rosario Ortiz, gran señorona, tiene una hija en Catalina, costurera de la casa. La única preocupación de Catalina en su enfermedad mortal es Juana. Acude a Alfredo para que la recoja. No acepta. La entrega entonces a Loreto Garrido, tía de Juana.

Durante el tiempo de veraneo, Loreto deja a su sobrina en casa de Misiá Pepa creyendo que esa familia amiga sería el lugar más seguro de la honestidad de Juana. Fué la equivocación más extrema.

Podrá estimarse que esta materia que se está tratando no viene al caso, o no responde a la índole del trabajo.

Este problema moral latente, olvidado en las sanciones del Código reconoce por una de sus causas de procedencia el concepto anticristiano, inhumano, producto del orgullo de casta, de creer que *las chinas no tienen idea del honor*.

La clase alta antes cerrada como casta persa, ha cedido al empuje del dinero y también a la influencia de la época. Los tiempos que vivimos no son tiempos de castas sociales. Son tiempos de fraternidad social, de democratización de clases. Son tiempos en los que ya no es la *sangre* o el apellido rimbombante lo que da el mérito al hombre, sino su inteligencia, su esfuerzo, sus méritos propios. El mérito está en ser el hombre de combate, en agarrarse mano a mano con la vida, en luchar contra todas las dificultades, la pobreza, el egoísmo, el desprecio de los afortunados, el desden eterno de los que han nacido más arriba y se consideran semi dioses por el hecho de haberse criado en cuna dorada. Los que suben a fuerza de talento, de estudio, de constancia, eso son meritorios.

Hablar hoy de clases sociales es hablar del pasado. El lujo, la prodigalidad, las reparticiones hereditarias, la falta de aptitudes para el esfuerzo industrial o comercial han empo-

brecido a gran parte de los descendientes de los fundadores de la República que en otra época formaron la aristocracia única del país. La aristocracia adinerada de nuevo cuño derrocha bulliciosamente el dinero en ostentación y placeres. Los venidos a menos que guardan sus virtudes atávicas, se han alejado de la cosa pública, viven sin ruido, en discreta penumbra y los que nada han conservado de sus antepasados, faltos de espíritu de trabajo y empresa, amparados por sus vínculos sociales, se han asido a los empleos públicos. Quien sabe si dentro de poco tiempo será frecuente el caso de *La Chica del Crillón*: Teresa Iturrigorriaga terminó por casarse con un hombre modesto, Ramón Ortega, vencida por la bondad de los pobres!

La clase alta tiene una actuación política anterior meritoria y un patriotismo ejemplar. El anhelo de emancipación política empezó en las clases altas de la sociedad criolla.

Si dentro de la aristocracia, dice Amunátegui Solar, hubo quienes se manifestaron partidarios de España, fué porque en aquella época crítica no era fácil comprender bien la situación política y determinar con firmeza cual era la norma más patriótica.

TIPOS DE LA CLASE MEDIA

Lo mismo que hicimos al hablar de la clase alta, empezaremos con una breve noticia sobre el origen de esta clase social.

Durante la Colonia y la primera mitad del siglo XIX, no se pudo formar esta clase, porque no había una base económica sobre la que se podía desarrollar. En efecto, tanto las haciendas como los primeros establecimientos mineros, muy sencillos en su organización técnica, no necesitaban empleados para su administración. Los mayordomos pertenecían antes al pueblo que a la clase media. El comercio había tomado poco desarrollo. Las profesiones liberales contaban con pocos representantes. Cambiando este estado de cosas el desarrollo económico del país creó un ejército de empleados técnicos profesionales que vinieron a constituir una nueva entidad dentro del Estado. Esta nueva clase se componía en un principio de miembros de las antiguas familias oligarcas que habían sido desplazadas por el empobrecimiento y por la clase

mestiza que surgía. Hoy es la clase media la que imprime su sello, dice Keller, a la vida social de la nación.

Alberto Edwards en *Fronda aristocrática* establece que en los primeros años de la república la *mesocracia* no alcanzaba a constituir una clase porque los comerciantes y profesionales formaban con los magnates territoriales una misma familia social. Los mercaderes, industriales y letrados de menor cuantía, los funcionarios y militares subalternos y el bajo clero, principalmente los frailes, formaban en conjunto una apariencia de clase media. La clase media en Chile no tuvo en sus comienzos orientaciones propias sino que fué el conjunto de los menos afortunados dentro de las mismas actividades de la clase dirigente.

Apellidos que hoy aparecen como un símbolo de aristocracia feudal, pertenecieron a hombres modestísimos, a desconocidos y pobres provincianos que debieron su exaltación sólo a la superioridad intelectual y moral. Los descendientes de esos *hijos de sus obras*, hoy, después de dos o tres generaciones de figuración histórica, presumirán acaso venir de las estrellas o de los reyes godos.

Cabero refuerza los conceptos anteriores y dice que la clase media fué formada primitivamente con los mestizos en que primaba la sangre española con sus características raciales, en su mayor parte descendientes de conquistadores castellanos y robustecida con los venidos a menos de la clase alta y con los elementos mestizos más vigorosos surgidos del pueblo.

Si queremos hablar de las cualidades que caracterizan a esta clase social, debemos empezar por la que más la distingue, *el espíritu arribista*. La clase media es tan profundamente arribista que lo sacrifica todo ante esta tendencia.

En ideología política este espíritu se concreta a conquistar el poder o al menos a participar en él.

Keller dice que la falta de tradición que respetar explica la falta bien marcada de disciplina que caracteriza a esta clase social. Otro distintivo de la mesocracia, es la falta de espíritu crítico, por eso es versátil.

Son profesores primarios en la novela *Mercedes Urizar* de Luis Durand. García no conoció el afecto ni el amparo de un padre que imprimiera en él su huella de hombre y le moldeara un carácter. Llegó a hombre sin poder aprender una profesión. Cansado de buscar un empleo congruo, aceptó llevar la Contabilidad en una especie de cabaret. Deja la ocu-

pación, se va al norte y vuelve a Santiago. Un diputado le consiguió el puesto de profesor de la escuela mixta N.º 54 de Villahermosa. «Para mientras, compañero. Después vendrá cosa mejor.»

Maluenda en *Venidos a menos* caracteriza un aspecto de esta clase social en Sabina y su marido Pedro Villarroel de los Ríos. Tienen que pagar la pensión con las dádivas que le hacen parientes de calidad. Llegó a tal extremo la pobreza de este matrimonio, que Sabina, mujer económica e industriosa, juntaba las cajas vacías de fósforos para cambiarlas por leña para su gastos.

La Cachetona de Tomás Gatica Martínez se refiere a las señoras que tratan de aparecer con aires de damas de sociedad y adaptan, por creerlos de tono, ciertos giros o muletillas aun cuando con ellos caigan en ridículo. Por ejemplo: «qué divertido lo que dice el señor».

A este grupo de señoras pertenece también la madre de Humilde en la novela *La Hechizada* de Santiván. Aquella mujer hacía esfuerzos indecibles para demostrar desenvoltura de dama de buena sociedad.

La familia García de *Hogar Chileno* pertenecía a un medio social no aristocrático, pero sí laborioso y de bienestar. En un ambiente de esta situación decente y honrado, los hombres se preparan mejor para la vida, para ser útiles a sí y a los suyos. Las mujeres alejadas de las mil frivolidades que ocupan a las clases superiores tienen oportunidad de formar mejor el corazón y cultivar sus sentimientos en oposición a las almas que deforman la sociedad, ahogadas en la atmósfera artificial de una vida ficticia y frívola.

BIBLIOGRAFIA

- ACUÑA, Carlos. *Capachito y Mingaco*.
 AMUNÁTEGUI SOLAR, Domingo. *Historia Social de Chile*.
 ARZE GALLO, Luis. *Los Náufragos*.
 BALMÁCEDA, Gustavo. *Desde lo alto*.
 BARRIOS, Eduardo. *El Hermano Asno, Memorias de un pobre Diablo y Un perdido*.
 BARROS ARANA, Diego. *Resúmenes de la Historia de Chile*.
 BARROS GREZ, Daniel. *Cuatro Remos, Daniel, El huérfano, Pipiolos y pelucones y Tiempos heroicos*.
 BLEST GANA, Alberto. *Aritmética en el amor*, Artículos de la Revista *La Semana* (Nadie), *Durante la Reconquista, Ideal de un calavera, El loco Estero y Los Trasplantados*.
 BRUNET, Marta. *Bestia dañina, Montaña adentro y María Rosa, Flor del Quillén*.
 CABERO, Alberto. *Chile y los chilenos*.
 DÍAZ GARCÉS, Joaquín. *La voz del torrente y Páginas Chilenas*.
 DURAND, Luis. *Campeños y Mercedes Urtear*.

- ECHEVERRÍA DE LARRAÍN, Inés. *Cuando mi tierra nació y La hora de queda.*
- EDWARDS, Agustín. *Mi tierra.*
- EDWARDS, Alberto. *Fronda aristocrática.*
- EDWARDS BELLO, Joaquín. *Criollos en París, Crónicas, El inútil, El rolo, El monstruo, La chica del Crillón, Tres meses en Río Janeiro, Un chileno en Madrid y Valparaíso, ciudad del viento.*
- ENCINA, Francisco. *Nuestra inferioridad económica.*
- ESPEJO, Angel Custodio. *Cine y Cuentos de alcoba.*
- ESPIÑOZA, Juanario. *Cecilia, La señorita Cortés Monroy, La vida humilde, Las inquietudes de Ana María y Pillán.*
- FERNANDOIS, José Luis. *Diablo Fuerte.*
- FOUILLEE. *Bosquejo psicológico de los pueblos europeos.*
- FRANK, Waldo. *América hispánica.*
- FUENZALIDA GRANDÓN, Alejandro. *Evolución social de Chile, Historia del desarrollo intelectual de Chile, Valor histórico de la novela social contemporánea.*
- GALDAMES, Luis. *Evolución constitucional de Chile.*
- GANA, Federico. *Días de campo y Sus mejores cuentos.*
- GATICA MARTÍNEZ, Tomás. *La Cachetona.*
- GAY, Claudio. *La agricultura en Chile.*
- GANIVET y UNAMUNO. *Idearium español.*
- GONZÁLEZ, Eugenio. *Hombres.*
- GONZÁLEZ VERA. *Alhué y Vidas Mínimas.*
- GUEVARA, Tomás. *Chile prehispánico.*
- HALMAR, Augusto D'. *Juana Lucero.*
- HERNÁNDEZ, Roberto. *El rolo chileno.*
- KEISERLING, Hermann. *Europa. Análisis espectral de un Continente.*
- KELLER, Carlos. *La eterna crisis chilena y Un país al garete.*
- LATCHAM, Ricardo. *Índice (Caballero chileno).*
- LATORRE, Mariáno. *Chilenos del Mar, Cuna de Cóndores, Cuentos del Maule, Apuntes de Literatura Chilena, Sus mejores cuentos, On Panta y Ullý.*
- LILLO, Baldomero. *Sub - Terra y Sub - Sole.*
- MADARIAGA, Salvador. *Ingleses, Franceses, Españoles.*
- MALUENDA, Rafael. *La Pachacha, Los ciegos y Venidos a menos.*
- MELFI, Domingo. *Indecisión y desengaño de la juventud. Proceso de las generaciones jóvenes y Portales.*
- MILLÁN, Augusto. *Desarraigados.*
- NAHUEL, Hermes. *Migaray y Puñado de viento sur.*
- OREGO LUCO, Luis. *A través de la tempestad, Casa grande, Idilio nuevo y En familia.*
- ORTEGA FOLCH, JOAQUÍN. *Betsabé y Una confesión.*
- ORTIZ, Manuel J. *Cartas de la aldea.*
- PALACIOS, Nicolás. *Raza Chilena.*
- PALACIOS, Senér. *Hogar Chileno.*
- PICÓN - SALAS, Mariano. *Registro de huéspedes.*
- PICÓN - SALAS, Mariano y FELIÚ, Guillermo. *Imágenes de Chile.*
- PRADO, Pedro. *Un juez rural.*
- PRIETO, Jenaro. *El Socio.*
- RECLUS, Onésimo y Eliseo. *Geografía Universal (Tomo I Europa). Revista del Pacífico.*
- Revista Chilena de Historia y Geografía. Tomo 39.*
- RIQUELME, Daniel. *Cuentos de la Guerra. Bajo la tienda.*
- RODRÍGUEZ MENDOZA, Emilio. *Vida Nueva.*
- ROJAS, Manuel. *El delincuente, Hombres del sur, Lanchas en la bahía y Travestía.*
- ROJAS GONZÁLEZ, David. *Jaiwón.*
- ROMERO, Alberto. *La viuda del conventillo.*
- SANTIVÁN, Fernando. *Ansia, Crisol, La Hechizada y Robles Blumen y Cia.*
- SEPÚLVEDA LEYTON, Carlos. *Hijuna y La Fábrica.*
- SILVA, Víctor Domingo. *Golondrina de invierno, Palomilla brava y Pampa trágica.*
- SILVA CASTRO, Raúl. *Blest Gana y su novela Durante la Reconquista.*
- SOLAR CORREA, Eduardo. *Semblanzas literarias de la Colonia.*
- THAYER OJEDA, Luis. *Elementos que han intervenido en la población de Chile.*
- THAYER OJEDA, Tomás. *Los conquistadores de Chile.*
- VALLEJO, José Joaquín. *Sus artículos.*
- VARGAS BELLO, Luis. *Desplazados.*

- VENEGAS Alejandro. (Valdes Cange) *Por propias y extrañas tierras.*
VICUÑA CIFUENTES, Julio. *Mitos y supersticiones.*
VICUÑA MACKENNA, Benjamín. *Historia crítica y social de Santiago.*
VIVIANI, Guillermo. *Sociología Chilena.*
WUND. *Psicología de los pueblos europeos.*
YAN, Mari. *El abrazo de la tierra y Mundos en sombra.*
YANEAS, Lautaro. *Flor Lumao.*
ZAÑARTU, Sady. *La Sombra del Corregidor y Llampe brujo.*